

Liberman

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVIII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 974.

Administración general y Redacción: Passage Saulnier, número 4, en Paris.



Entrada de los franceses en Amiens, después de la salida de los alemanes.

SUMARIO.

Entrada de los franceses en Amiens, después de la salida de los alemanes; grabado. — Viajes: El desierto de Libia. — Poesía: El calor en Madrid. — Venta de los caballos del emperador; grabado. — Misterios parisienses; grabado. — Revista de París. — La Commune ante la Justicia. — Las carreras de caballos, por Cham; grabados. — Recuerdos de un guardia móvil; grabado. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — El palacio de San German y el museo Galo-romano; grabados. — ¿Qué hará de ello? — Thalberg; grabado.

Viajes.

EL DESIERTO DE LIBIA.

(Continuación. — Véase el número 973.)

El paso del camello es muy lento, y á veces se le hace acelerar un poco; pero por término medio, y cuando se trata de un viaje de alguna duración, no debe esperarse que una caravana camine más de dos millas y media por hora.

Esta circunstancia era para nosotros tanto más incómoda por lo mismo que íbamos en asnos; estos animales, poco dóciles, se obstinan en adelantarse continuamente, lo cual nos obligaba á pararnos frecuentemente si no queríamos perder de vista la retaguardia de nuestra pequeña tropa y extraviarnos en un camino que no conocíamos.

A eso del medio día, cuando el calor se hacía insupportable, formábamos nuestra tienda y tomábamos descanso debajo de ella; en cuanto á las noches las pasábamos literalmente á las estrellas, pues con objeto de simplificar el servicio de nuestros criados, resolvimos no deshacer por las noches nuestro equipaje.

Así que llegábamos al punto donde habíamos de pasar la noche, tomábamos un poco de pan y queso con una media azumbre escasa de agua mezclada con un poco de coñac, y extendidos después sobre nuestra estera y con la cabeza apoyada en nuestros sacos de viaje, fumábamos una pipa antes de dormirnos.

Creo que no olvidaré en mi vida el primer ensayo que hicimos mis compañeros y yo del *agua del desierto*. Fué junto á un pozo llamado Sheimamaimeh, abierto en la roca á poca distancia del mar, á cuyo lado habían hecho una especie de recipiente para dar de beber á los animales. Imposible sería describir el gusto de aquel líquido. Figúrese el lector el efecto que producirían huevos podridos, salmuera y excrementos de varias clases de aves, mezclados con agua estancada, y tendrá una idea, débil todavía, del líquido que llegué á probar, pero que no pude resolverme á tragar.

Nuestros asnos mismos, sin embargo de lo sedientos que estaban, hicieron una porción de ascos antes de consentir en beber algunas gotas.

Setiembre, 21.

No nos hallamos verdaderamente en el desierto sino desde ayer tarde al ponerse el sol. Dejando el mar á nuestra derecha, cruzamos durante algunas horas una llanura ondulada, sobre la cual se elevan numerosas ruinas de antiguas habitaciones; algunas de esas ruinas pertenecían, á no dudarlo, á casas y á fuertes; otras indicaban tan solo las paredes destinadas en otro tiempo á cercar viñedos ó jardines. El nombre moderno de aquel punto es Moghut, pero nuestros guías hacían remontar su origen á la expedición de Alejandro el Grande.

Después de tres horas de camino á la claridad de una hermosa luna, nos hizo parar Yunus á poca distancia de un pozo donde nuestros animales debían beber por la mañana antes de partir. Nuestro vivac nos pareció delicioso; la atmósfera estaba purísima, y la luna, igualmente que las estrellas, brillaban con el más vivo resplandor; á excepción del sordo murmullo de la langosta ó del trémulo chillido del ave nocturna, ningún ruido venía á turbar el silencio que reinaba en torno nuestro.

Aquella profunda calma, unida á la grandeza de la escena, producía en nosotros tan grata impresión, que nos dormimos con la idea de que un vivac en el desierto era la cosa más deliciosa del mundo, y los árabes y los camellos la mejor sociedad que podía apetecerse. Sin embargo, el frío sutil de la mañana y el abundante rocío en que nos sentimos empapados desvanecieron una parte de aquellas ilusiones.

En nuestro camino de hoy vimos súbitamente una mariposa parda, de la especie más común, que revoloteaba delante de nosotros paseándose sobre las hojas ásperas y medio secas de los mezquinos vegetales que produce aquel suelo.

En ninguna otra parte habría fijado probablemente

mis miradas en aquel pequeño insecto, pero en el desierto me traía á la memoria regiones más afortunadas, verdes praderas esmaltadas de flores y regadas con claros manantiales, risueños y pintorescos jardines. Saludéla con un placer sensible, y los recuerdos que en mí evocó llenaron por algún tiempo mi corazón de una tristeza que no carecía de encanto.

Durante nuestro descanso á mitad del día visité un *marabut*, nombre que se da en el país á la tumba erigida en memoria de un Cheik. Ese pequeño monumento, que consiste en un espacio cuadrado cercado de paredes blanqueadas con cal, estaba situado en las inmediaciones de un cementerio, donde se veían algunos sepulcros de beduinos. Como la pared que le rodeaba tenía una puerta á un lado, me aventuré á pasar el umbral, á riesgo de cometer una especie de sacrilegio.

Mi curiosidad quedó enteramente satisfecha. Un sepulcro formado de ladrillos y cubierto de estuco, semejante á los que se encuentran en las ciudades egipcias, ocupaba el centro del cuadro, mientras que el resto del recinto estaba lleno de una multitud de objetos agrupados en el más pintoresco desorden y encomendados á la custodia del Cheik difunto Abd-der-Rhman. Allí se hallaban mezclados confusamente los jéces destinados á los camellos, los molinos de mano usados en todas las tiendas de los beduinos, varios pares de enormes estribos mamelucos tomados de ollín, tres ó cuatro artesas de madera de que se sirven para preparar el arroz cocido con manteca y carne, algunos de esos pequeños arados que bastan para remover la delgada capa de tierra esparcida en los valles del desierto y hacerle producir un poco de cebada; por último, sillas de caballo, almohadillas, igualmente que un número considerable de utensilios de casa. En realidad, un monumento de aquella especie hace en la Arabia las veces de un almacén, donde los transeúntes depositan los objetos que les incomodan.

Si vuelven á pasar por el mismo sitio pueden volver á tomar lo que les pertenece; en el caso contrario, su depósito permanece allí hasta que el tiempo lo haya reducido á polvo, porque nadie osaría pener en él la mano por miedo de que el alma del Cheik difunto tomase una venganza ejemplar de la afrenta hecha á su sepulcro.

Segun todas las probabilidades, la vigilancia ejercida por la sombra del funcionario muerto debe ser más útil á los habitantes de la comarca que la del funcionario vivo, pues este último reside habitualmente en Abu-Man-dur, junto á Roseta, y se ocupa muy poco de sus ovejas del desierto.

Desde la cumbre de una colina bastante elevada pudimos abrazar con la vista el conjunto de las riberas del mar á una gran distancia.

Las observaciones que entonces hice me convencieron de que la costa de Libia se halla delineada muy imperfectamente en todos los mapas conocidos. Debería hacerse un nuevo reconocimiento, y nadie tiene en ello más interés que la Inglaterra. Todos los años pasan por delante de aquellas costas numerosos buques mercantes ingleses, los naufragios son en ellas muy frecuentes, y hay que atribuirlos, sin la menor duda, no tanto á las corrientes submarinas como á nuestra ignorancia de la naturaleza de dichas costas.

En otro tiempo se encontraban en ellos varios puerlos muy buenos, animados por un comercio floreciente, y me cuesta trabajo creer que hayan sido completamente destruidos. Fueron poco á poco abandonados en la época en que la provincia de Marmárica, devastada por la guerra y por las hordas salvajes, se convirtió en un desierto, pero no han podido quedar enteramente aniquilados.

A excepción de un beduino solitario que nos contemplaba desde una eminencia, la llanura ondulada por la que hemos viajado esta tarde no presentaba huella alguna de habitaciones. Sin embargo, véanse en ella bastante número de grandes espacios cuadrados, rodeados en otro tiempo de paredes, cuyas ruinas están en pie todavía, que atestiguaban antiguos cultivos. Al lado de algunos de ellos se elevan todavía lienzos de paredes ruinosas, de un estilo enteramente distinto, y que pertenecían quizá á quintas de recreo, donde los habitantes acomodados de Marmárica iban á pasar la primavera.

Como quiera que sea, parece cierto que en una época, muy lejana sin duda de la nuestra, aquella región tenía su cultivo propio y alimentaba con los productos de su suelo numerosas poblaciones y un comercio floreciente. No soy, sin embargo, de la opinión de algunos autores, que hacen remontar ese estado de cosas hasta los antiguos reyes de Egipto, porque desde el tiempo de Alejandro habla Aristóbulos en Arriano de esa comarca, diciendo que estaba «desierta, aunque no desprovista de agua.»

En una época subsiguiente se hicieron sin duda esfuerzos para aprovechar los manantiales y fertilizar el suelo, y entonces fué cuando se establecieron esas casas de labor y esos jardines, cuyos vestigios se encuentran á cada paso. Ahora ese país ha vuelto á su aridez primitiva: todo su cultivo se limita á algunos terrenos miserables de cebada y de dhourra, sembrados más ó menos bien por los beduinos.

Dos días de viaje nos llevaron á un pequeño valle que lleva el nombre de Mudar. Nuestro vivac de ayer tuvo lugar junto á las ruinas de una ciudad considerable situada á cinco millas escasas de una cadena de colinas escapadas, cuyas cimas forman una gran meseta: esa cadena llamada por Strabon el *Catabathmus inferior*, brillaba al salir el sol con un resplandor que duplicaba su altura verdadera. Cimientos macizos, restos

de torres y de puertas fortificadas, no permiten dudar que la ciudad situada en otro tiempo á sus piés, fuera de alguna importancia.

A eso de la una de la tarde, después de una marcha de algunas horas que el calor y la falta de agua nos la hacían muy penosa, llegamos á Mudar. Una elevación del terreno nos ocultaba á la vista de los habitantes de aquella pequeña aldea, y ya teníamos medio descargados los camellos, cuando fuimos descubiertos: al punto se presentó delante de nuestros ojos una multitud de hombres y de niños, los unos conduciendo delante de sí camellos, carneros y cabras, y los otros armándose á toda prisa. Indudablemente el aspecto imprevisto de nuestra caravana debió causarles alguna alarma, y quizá la tomaron al pronto por una vanguardia de las tropas del bajá. Como quiera que sea, habiéndose algunos tranquilizado al ver nuestro escaso número, se acercaron á nosotros y nos preguntaron qué queríamos.

— Agua, les respondimos.

— Pues dadnos dinero, replicaron los beduinos con acento imperioso.

Comprendiendo entonces que necesitábamos mostrar firmeza, declaramos que pagaríamos con gusto las demás provisiones que nos suministrasen, pero que estábamos resueltos á no comprar el agua.

Apenas dimos esta respuesta, cuando formaron círculo al rededor nuestro una docena de beduinos de si-niestro aspecto: todos hablaban á la vez, lanzándonos miradas amenazadoras que aumentaban la osadía á medida que se cercioraban de que llevábamos pocas armas, y parecían considerarnos como buena presa. Sin embargo, como uno de ellos creyese conveniente dirigirnos algunas preguntas sobre el objeto de nuestro viaje, los nombres de Yunus y de Saleh acompañados del firman que nos había dado el bajá, pusieron fin, como por magia, á toda tentativa hostil.

Verdad es que las disposiciones favorables de los beduinos no llegaron hasta el punto de facilitarnos agua, y tuvimos que contentarnos con el líquido corrompido que quedaba en nuestros odres; pero entre nuestros guías y aquellos habitantes, se estableció un cambio vivísimo de palabras y de apretones de manos; y se convino tácitamente por ambas partes, en que podríamos hacer en aquel sitio un descanso tan largo como cumpliera á nuestros deseos.

Luego que llegamos á Mudar, punto en donde debíamos dejar definitivamente la proximidad del mar para internarnos más y más en el desierto, nuestro pícaro guía, el cheik Yunus, creyó conveniente confesarnos que no conocía el camino de Siwach, no habiéndolo recorrido más que una sola vez en su vida, y eso veinte y siete años antes con la expedición de Hassanbey. Tuvimos, pues, que asociarnos un nuevo guía, llamado Vahsa, que nos recomendó el mismo Yunus, insistiendo en el auxilio que podía prestarnos una carabina más.

A pesar de todo, como el nuevo guía no podía unirse á nosotros en seguida, tuvimos que permanecer en Mudar más tiempo del que hubiéramos deseado y aprovechar aquella dilación para nuestras observaciones.

El beduino, propiamente dicho, merece ser estudiado, y no sé si lo ha sido hasta ahora de una manera completa. Unos escritores se han complacido en idealizarlo; otros, por el contrario, y son el mayor número, le representan ocupado constantemente en el asesinato y en el saqueo: ambas opiniones me parecen igualmente distantes de la verdad.

Hay que convenir en que es algo extraño ver á algunos de nuestros autores más eminentes, desalentados sin duda á la vista de los resultados imperfectos de nuestra civilización actual, dirigir una mirada de envidia á la existencia independiente de las tribus del desierto y suspirar por un género de vida al que falta todo cuanto puede favorecer el desarrollo intelectual.

El árabe salvaje es muchas veces un hombre notable por su penetración y energía; pero no hay que perder de vista que una vida de privaciones tiene por necesidad que hacer estrecha el alma. ¿Cómo el hombre que pasa el día entero en llamar, silbar y arrear á un camello con toda clase de gritos extraños, no ha de concluir por desear poco á poco al nivel del animal á quien se dirige? El caballo es un animal hermoso: sus formas elegantes despiertan en nosotros la idea de la perfección; su grado de inteligencia y hasta los cuidados que exige, pueden infundir cariño; pero no sucede lo mismo con el camello, y no he visto un solo ejemplo de ese género de afecto entre los árabes á quienes he podido observar.

El camello, acostumbrado al hambre por sistema desde su juventud, á fin de ponerle en estado de soportar las privaciones, sobrecargado las más veces más de lo que pueden sus fuerzas, apalado por todo el camino, sujeto con trabas todo el tiempo que duran los descansos, sus relaciones habituales con su amo, no tienen nada de lo que puede dar idea ó inspirar el sentimiento de la benevolencia.

El camello, excepto en sus accesos de cólera, lleva constantemente el sello del sufrimiento y de la ansiedad: rara vez sucede que se deje cargar ó descargar sin proferir gritos de dolor. Esos animales parecen creados para caminar constantemente á través de las dificultades y de las miserias de toda especie; son un auxilio precioso y hasta indispensable en aquellas regiones, á causa de su fuerza prodigiosa y de su facultad de sufrir, al paso que por su forma repugnante rechazan toda simpatía.

(Se continuará.)

Poesía.

EL CALOR EN MADRID.

¡POCA ROPA!

(Poema (?) de verano, y desahogo de mi... calor.)

¡Santo Dios, yo me abraso! Yo estoy frito:
Este calor maldito
Me aplana y me liquida;
Es un calor funesto y homicida,
Calor que hace del globo un chicharrero,
Calor de treinta y siete sobre cero,
Y tan quemado estoy, y tal me pongo,
¡Voto á Santa Victoria!
Que huyendo de Madrid me voy al Congo,
Que al lado de Madrid debe ser gloria.

No es broma; me he quedado
Mustio y alambicado;
Ya no gozo ni siento,
Ya la muerte en los pómulos se pinta,
Y ya me falta hasta el vital aliento,
Y escribo con sudor, pues sudo tinta.

Si el ígneo Apolo la clavija aprieta,
Y no depone su rigor tirano,
Me llevará Pateta;
Y en hora tan nefanda
Fuerza será llamar un escribano
Que me ayude á morir como Dios manda.

¡Oh coronada villa
Del oso y del madroño,
Del « polo ardiente » sin igual retoño!
Aquí, sin gran empeño,
Sin asador, manteca ni parrilla,
Ni aceite ni fogatas,
Se puede convertir un madrileño
En bistek con muchísimas patatas.
Aquí el resuello cálido se inflama;
Se masca lumbre, se respira llama,
Y si en ello se atina,
Un cigarro se enciende en una esquina.

Grande fortuna fuera
Que el hombre, sin pecado,
Haciendo su *toilette* de hojas de higuera,
Habitara feliz el paraíso.

Porque si aquel tocado
Es primitivo y de materias toscas,
En cambio el cuerpo, liso
Y orro del camison almidonado
Á sus anchas, holgado
Anduviera sin sol, ni luz, ni moscas.

Mas ¡oh dolor! la humanidad pazguata
El chaleco inventó, cuello y corbata,
El corsé, los terribles pantalones
Como el cañón al taco,
La oprime tanto inútil arrumaco
Y no siendo, tal vez, cosas bastantes,
Inventó las trabillas y los guantes,
Y el apretado cinturón de cuero,
Y los tirantes y el fatal sombrero.

Así vamos luciendo la figura
Usted y yo, figura casquivana,
Metida en tanto aprieto y angostura
Por el Prado y la Fuente castellana.
Á esto ha dado en llamar la gente toda
Gran tono, distinción, *comme il faut*, moda:
Á esto han dado en llamar gusto, elegancia,
Lo mismo aquí que en Francia,
Y ande usted, ande usted con sus engorros
Hecho un paquete, mas sudando á chorros.

No es inferir agravio
Á ningún hombre; pero Adán fué un sabio,

Que sin curarse nunca de etiquetas
Ni ser por ello menos presumido,
Se daba tono en clásicas pernetas
Por los vergeles del Eden florido.
Y no obstante, y mi dicho no os asombre,
Aseguran que Adán era un buen hombre.
Él tendría sus cosas, como todos;
Pero aquí, sin apodos,
Ni tropos, ni figuras,
Diremos, como á la verdad conviene:
Si Adán honra no tiene,
Honra no le darán sus vestiduras.

Yo sé que me arguirán con gran prudencia
Que aquí entraba por mucho la decencia;
Vea usted: ¡por eso somos mas decentes!
Y acatando un decreto soberano,
Ante los once mil inconvenientes
Que tiene aquel estilo,
Supremo bien de un tiempo mas... tranquilo,
No obstante los ardores del verano,
Con paño fino Adán, Eva con gasa,
Todos salen vestidos de su casa.

¡Horror! ¡Supino error! ¡Humana tropa,
Elena nos lo ha dicho: « ¡Poca ropa! »
En aquesta estacion, y en mi concepto,
Es digno de observarse tal concepto;
Conque nobleza obliga:
« El que quiera seguirme que me siga. »

C. MORENO LOPEZ.

Venta de los caballos del emperador.

Se acaba de proceder en París á la venta de los caballos procedentes de las caballerizas imperiales.

Tal es la escena que se ve representada en nuestro dibujo.

La venta tuvo efecto el 26 de agosto de 2 á 4 en el patio Visconti en el Louvre. La afluencia era grande. Los caballos en venta eran cuarenta, entre los cuales habia ocho de silla. De estos algunos se han vendido bien, como Langemiecz, que se adjudicó por 3,800 fr.: Lyon, que valió 2,460, y Foy, que subió hasta 3,000 fr. Todas las ventas se hicieron al contado, sin que el Estado saliera garante.

Los veinte y ocho caballos de tiro se vendieron igualmente á precios considerables. Una pareja, de talla ordinaria y de bastante edad, se adjudicó por 5,800 fr. En suma, los cuarenta caballos han producido un total de 69,310 fr.

P. P.

Misterios parisienses.

LA SOPA DE LOS CAPUCHINOS.

Con razon dice el autor de los *Miserables*, que la sociedad tiene una maquinaria como un teatro. Con efecto, tiene un escenario, donde se representa el drama de su historia, bastidores donde se preparan los cómicos y trampas, donde bulle en las tinieblas el hormiguero de sus parias.

En ese infierno en que vive el gran ejército de los desgraciados, la tribu que inspira á primera vista la mas viva compasión, es la de los hambrientos. Morirse de hambre en presencia de los festines babilónicos, sentir que se alargan los dientes delante de las muestras cargadas de exquisitos comestibles, al oloreillo que se escapa de las cocinas opulentas, es un horrible suplicio al que se hallan condenados en París muchos miles de Tántalos.

París, dice un antiguo informe de policía, cuenta cincuenta mil personas que se preguntan por la mañana:
— ¿Comeremos hoy?

¡Cincuenta mil! Un verdadero ejército donde figuran en confusión el miserable con gabán, el obrero sin trabajo, el vagabundo y toda la caterva de los tunantes.

Y es de notar que el hambre en las capitales tiene un tormento mas. No es solo pan lo que desea el hambriento en las ciudades populosas. La comida mas refinada persigue al desgraciado. Aun devorado por el hambre, es delicado en sus gustos: hé aquí una prueba de las mas curiosas.

Cuando el hambriento se resuelve á pasar el Rubicon del tuyo y del mio, es de observar lo que elige. El estado completo del robo en Londres, segun un documen-

to oficial, cuenta cuarenta y tres categorías. Ahora bien, el robo de comestibles aparece en el cuadro en el órden siguiente: Aves, piezas de caza, jamones, salchichas, carne, queso, té, azúcar, vino, licores, pan. El pan aparece en el último grado, en la categoría 43. Ante todo, la golosina.

El desdichado, absolutamente privado de todo recurso, no tiene mas remedio que apelar á las distribuciones de sopa, que se efectúan principalmente á las puertas de los cuarteles y de las comunidades.

Nuestro dibujo representa la distribución que se hacia el año último, en el convento de los PP. Capuchinos de la calle de la Santé. Decimos el año último, porque despues de la guerra, el sitio y la Commune, los Padres no han vuelto á hacer aun su reparto diario. Nuestros lectores ven por este detalle, que no únicamente por las sombrías tragedias de nuestros días se habia fijado nuestra atención en esas llagas sociales. Antes de la guerra habíamos querido pintar del natural, el cuadro de las miserias parisienses, para demostrar á nuestra civilización embriagada consigo misma, que era una estatua de oro con piés de tierra.

Estas distribuciones que se reproducen diariamente en distintos puntos, ofrecen el mismo carácter, las mismas fisonomías, los mismos tipos, tanto á las puertas de los cuarteles como en las comunidades religiosas. ¡Parecen verrugas ambulantes que se pasean por la cara de París!

Observemos á lo largo de la pared del convento esa larga fila de mendigos. No son mas que las doce y no se da la sopa hasta la una; pero no hay llamamiento mas elocuente que el del hambre, y mucho tiempo antes de la hora la haraposas muchedumbre acude al lugar de la cita. ¿De dónde viene? Difícil es decirlo: de las canteras de América, de las afueras, de los arrabales, de cien lugares inmundos. Dirígenle lentamente por las calles hácia la puerta que les abren, como los pájaros del cielo caen sobre las espigas abandonadas en el surco.

Miremos de cerca. ¡Qué vestidos! ¡Qué trapos sin formas, sin color, sin nombre!

¿Y la vajilla? No se han visto jamás semejantes utensilios. Soperas desportilladas, tiestos de flores, recipientes de porcelana, de hojalata, de madera, de todas formas y todos tamaños, todo es bueno para recibir la pitanza esperada con impaciencia.

Por esa inspección se puede conocer y juzgar toda esa turba, en la que se han reunido por un instante, dos grandes clases, á saber: los pordioseros del barrio y los refractarios sin hogar que se albergan en donde pueden.

¡Atención! Se abre el ventanillo y un hondo suspiro se escapa de todos los pechos.

Aparece bajo su parda capucha el semblante barbudo del hermano repartidor, y van á pasar las porciones una tras otra por el agujero en el que tienen clavada la vista todos los asistentes.

La distribución es muy igual; pero á medida que circulan las extrañas vasijas, se dividen mas distintamente las dos mitades que componen la tribu. La muchachilla, el pilluelo, la madre de familia, todos los menesterosos del barrio, llevan religiosamente á casa la parte que debe contribuir al sustento del pobre matrimonio; en tanto que el vagabundo solitario devora allí mismo y á veces con sus dedos, la parte que le ha tocado.

En las palabras que se dicen se conoce á la gente.

Eseuchemos: estamos en el lado del trabajo acosado por la miseria.

— Dí, muchacha, ¿eres tú quien viene siempre á la sopa?

— Papá está en el hospital, mamá trabaja á jornal y yo guardo á la chiquita en casa.

La pobre criatura tiene diez ó doce años y guarda á la *chiquita* en casa.

— ¿Y qué hace tu padre?

— Es mozo de herrador y un caballo le ha dado una cox en la rodilla.

Y esto basta para que toda una familia se muera de hambre.

Pasemos á la banda de los que andan huyendo del código penal.

Aquí la lengua no existe. Hablan *caló*, que es á la lengua, lo que el gesto al semblante.

La metáfora y la alegoría componen el principal elemento de este lenguaje.

Es propio de una lengua que quiere decirlo todo y di simularlo todo, el abundar en imágenes.

¡Cosa extraña! El vocabulario de la honradez es aquí muy limitado; pero en cambio son inagotables las voces relativas al robo, la cárcel, la policía y la justicia.

¿Debe sorprendernos pues, que los que no tienen mas bien que el ajeno, llamen á la conciencia *la muda*?

Eseuchemos sus confidencias.

— No se ve por ahí el viejo.

— Ya lo creo y *tire le chausson*. (Está en fuga.)

— ¿Y por qué?

— ¡Buena pregunta! ¿Y el *marchand de lacets*? (¿Y el gendarme?)

— ¿Y *bouline*? (¿Roba?)

— Parece, puesto que tiene miedo del *college*. (De la cárcel).

Otro diálogo:

— ¿De dónde vienes?

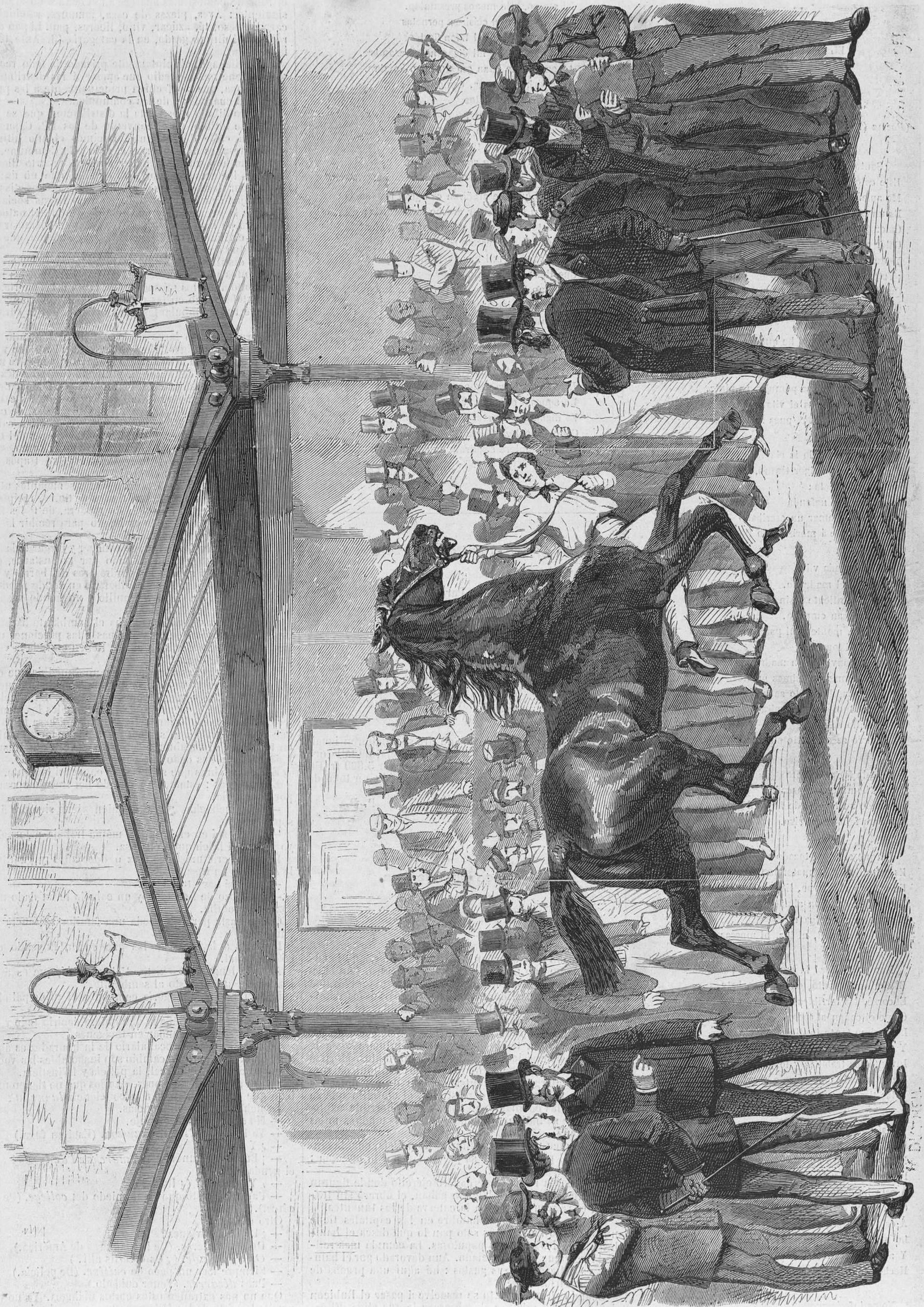
— De las canteras. (De las canteras de América.)

— *On s'y balade*. (¿Os divertís allí?)

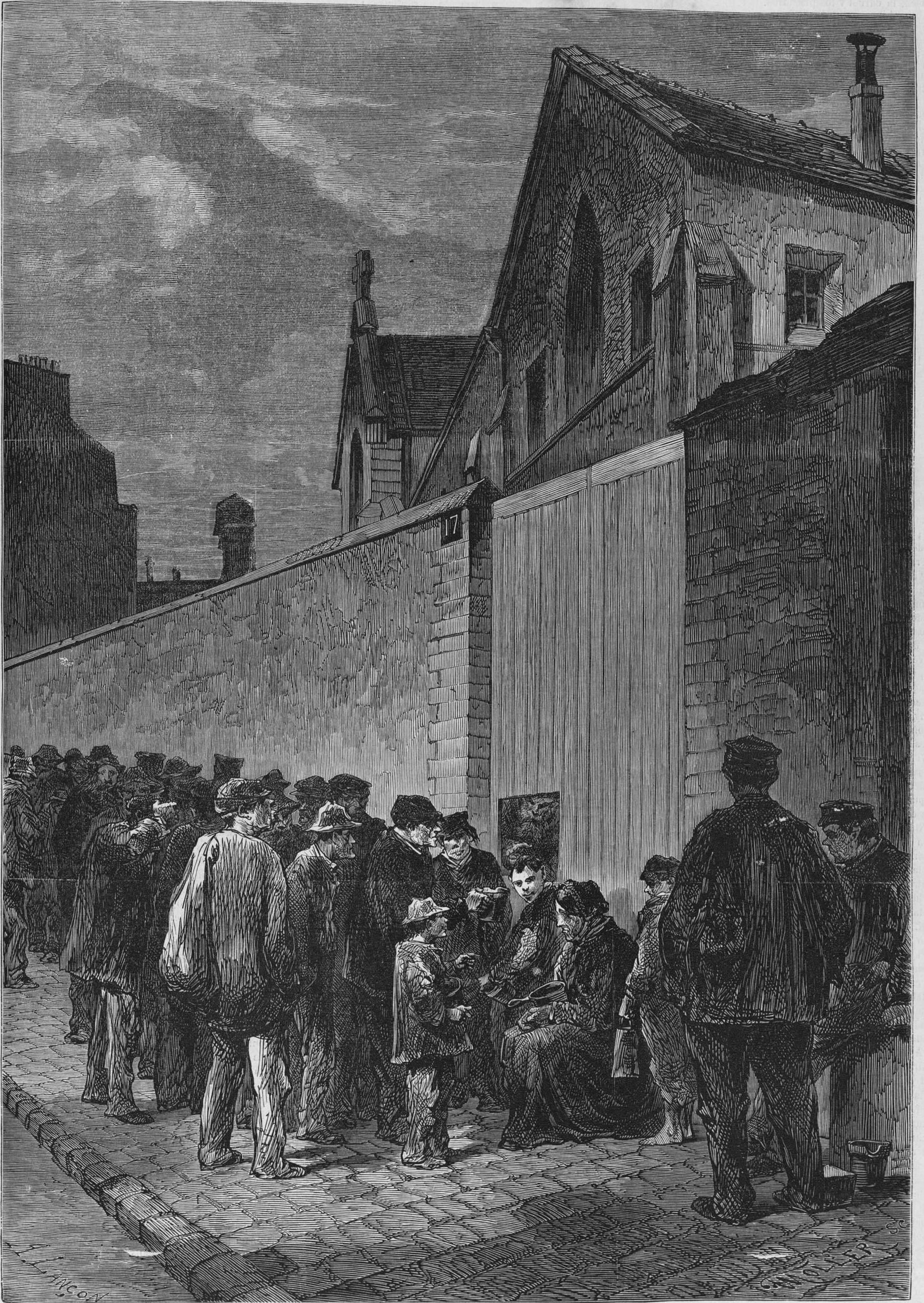
— Siempre hay un poco de *cuisine*. (De policía.)

— Pues *décarrer*. (Tener cuidado.)

Que no nos extrañen estos cortos diálogos. Ya no tenemos la corte de los Milagros que aun se hacia temer en tiempo de Luis XIV; pero sí tenemos la lucha mons-



Venta de los caballos de las antiguas caballerizas imperiales en el palacio del Louvre.



MISTERIOS PARISIENSES. — La sopa de los Capuchinos.

truosa que puebla la policía correccional, el tribunal de Assises, la cárcel y los presidios.

Ahora bien, según los informes anuales de la justicia, el ejército de los que viven en rebelión abierta contra la sociedad, se eleva á doscientos mil, ni mas ni menos; de ellos ciento setenta y cinco mil, se contentan con atentar á la propiedad y los veinte y cinco mil restantes llegan hasta el atentado contra las personas.

Cifras elocuentes y que se imponen á las meditaciones mas serias. Y no se crea que á propósito de las distribuciones de sopa exageramos los hechos para aumentar las consecuencias y los resultados.

No, la demostración está hecha. La prueba aparece clara y ostensible en todos los documentos de la justicia criminal. En Inglaterra como en Francia hace tiempo que hablan los guarismos. Sabido es que todos los robos que se cometen, sea cual fuere su naturaleza, cuatro veces de cinco reconocen por causa el hambre, lo mismo en Londres que en París.

Manos á la obra, puesto que los hechos demuestran que el hambre es origen de tantos males. Manos á la obra, pues una palabra divina nos dice que la miseria es sagrada. *Res sacra miser*. Empleemos todos los medios, la instrucción, el trabajo, la asociación, los seguros. Si queremos encontrar hombres, sepamos hacerles aprender sus deberes. Abramos su inteligencia, y arrojemos de ellos la ignorancia. El libro de los *Miserables* lo dice en esta asombrosa antítesis: « Disminuir el número de los *tenebrosos* y aumentar el de los *luminosos*, tal es el objeto. Por esto gritamos: ¡ Enseñanza! ¡ Ciencia! Enseñar á leer es encender fuego. Toda sílaba deletreada despide una chispa. »

H. V.

Revista de Paris.

La Asamblea nacional está á punto de entrar en vacaciones; pero antes de tomar esta determinación reclamada puede decirse por unanimidad de votos, los representantes de la Francia han querido consolidar en lo posible el régimen provisional, ya que no se ha considerado propicia la situación para fundar el gobierno definitivo. En primer lugar la Asamblea se ha declarado constituyente, y después ha conferido á M. Thiers la presidencia de la República. Después de esta doble obra, la Asamblea trataba de separarse por un par de meses; mas los asuntos pendientes son tantos y tan graves, que es preciso continuar las sesiones. Hay, por ejemplo, que votar los nuevos impuestos necesarios para ayudar á pagar la enorme indemnización de guerra, que fijar el contingente militar, que discutir el empréstito de la villa de París, y por último, es preciso decidir la suerte de la proposición de M. Ravinel, de que hemos hablado á nuestros lectores en la semana última.

Verdad es que esta proposición habría podido quedar descansando los dos meses de las vacaciones sin graves inconvenientes para el público; pero no ha sido así: el martes se ha puesto á discusión, y desde el primer instante se conoció que esta discusión sería apasionada y ardiente.

Ningun asunto podríamos elegir que tuviera mas interés para una crónica parisiense. Se trata de quitar á París su corona de capital, instalando en Versalles los servicios del gobierno. Así pues, debemos hacernos cargo del pró y del contra, y sobre todo debemos dar cuenta á nuestros lectores de la resolución definitiva que adopte la Asamblea nacional en tan importante asunto.

M. Alfredo Naquet ha sido el primer defensor que ha tenido París en esta discusión á que nos referimos.

El honorable diputado demostró en su discurso que la traslación de que se trata haría que la Francia se quedara sin capital, si se entiende por capital una supremacía incontestable é incontestada.

Cuando se crea un nuevo país, dijo M. Naquet, como los Estados Unidos de América después de la guerra de la independencia, como la España cuando se reunieron las coronas de Aragón y de Castilla, se concibe que se elija un punto arbitrario para asiento del gobierno; y así se eligieron Madrid y Washington. En estos casos, sucede á menudo, como se ha visto en España, y mas particularmente en los Estados Unidos, si el país está profundamente descentralizado, si forma una república ó una monarquía federativa, que jamás la ciudad elegida para asiento del gobierno forma una verdadera capital; pero cuando se vive en un país que tiene detrás de sí largas tradiciones, un país en que la capital no se ha decretado nunca, sino que se ha impuesto por la fuerza de las cosas, cuando se vive en un país cuya capital es obra de los siglos, parece imposible que se quiera destruir semejante obra.

Con efecto, M. Naquet lo cree imposible, porque destruida la capital en París, pronto por la fuerza de las cosas surgiría otra con todos los inconvenientes de la primera y sin tener sus ventajas.

Así ha pasado en Rusia: se quiso quitar la capital de Moscú, y se fundó San Petersburgo que cuenta hoy 900,000 habitantes.

Ahora bien, ¿qué sucede con estas dos capitales, pues Moscú no ha perdido enteramente su supremacía?

Sucede que si mañana la Rusia entrara en un periodo revolucionario, como la Francia en 1789, en vez de tener el gobierno que vigilar una capital tendría dos, Moscú y San Petersburgo.

M. Naquet ataca de frente el argumento principal de los partidarios del proyecto: París es la causa de las revoluciones que agitan al país, París, cada veinte años envía un nuevo gobierno á las provincias, no respeta las asambleas nacionales, y no queremos que semejante situación subsista mas tiempo.

Nada mas falso en concepto del orador: jamás París ha impuesto su voluntad á la Francia.

« Estudiemos las causas, dice: ¿Por qué estallan en Francia revoluciones periódicas? Porque las divisiones y el antagonismo de los partidos las hacen inevitables. París no es otra cosa que el ejecutor de las revoluciones que germinan en Francia. Remontémonos á las causas de estas revoluciones. No retrocederé tanto como el dictámen, ni hablaré del admirable movimiento de Esteban Marcel que otros podrán insultar sin comprenderle. ¿Acaso hareis responsable á París de las faltas que precipitaron á la monarquía en 1789 cuando aquella monarquía se hallaba en connivencia con el extranjero? ¿Acaso es París responsable de las causas que produjeron la revolución de 1830, la de 1848 y la del 4 de setiembre? Cada una de estas revoluciones estaba en toda la Francia antes de haber sido proclamada en París... En cuanto al 18 de marzo no quiero saber si habría podido evitarse si la Asamblea no hubiese tenido la facultad de dejar á París como hizo el gobierno. En vano se buscará en la historia una época en que se haya impedido á la Asamblea estar en París. »

Y viendo que en este orden de ideas M. Naquet no se hacia prosélito en los bancos de la mayoría, terminó diciendo, que en el deseo de paz y de conciliación de que hoy se hace alarde, nada puede ser mas impropio para calmar las pasiones que ese proyecto de traslación en que se tiene tanto empeño.

Seguidamente tomó la palabra M. Ravinel, el que ha querido imprimir su nombre al frente de la determinación que puede tener para París tan graves consecuencias.

Detengámonos en su discurso.

M. Ravinel principia por asegurar que la cuestión de que se trata no es cuestión de partido.

Ninguno de los partidarios del proyecto se siente animado de otra pasión que la del bien público.

Tampoco es una cuestión de represalias contra París. No hay duda, dice M. Ravinel, que la Francia ha sufrido mucho á causa de los últimos acontecimientos de que París ha sido teatro; pero París ha sufrido mas aun, y bajo este concepto merece todo su respeto.

No, la ley que se discute no se dirige contra París, sino contra toda ciudad grande, porque los autores del proyecto piensan que en toda ciudad populosa, hay elementos buenos y malos, y que en ciertas ocasiones los malos elementos oprimen á los buenos.

Lo que se quiere es librar á París de esa funesta opresión; y sobre todo poner á cubierto de ella á la representación nacional y al gobierno fijándolos en Versalles.

« Es pues, añade M. Ravinel, una cuestión de salvación para el país, y se nos presenta á nosotros una maravillosa ocasión de decidirla, como si la Providencia quisiera poner-nos á salvo de los peligros interiores, después que tanto nos han conmovido los del extranjero. »

M. Ravinel no desconoce sin embargo, que el sacrificio que se pide á París puede afectar, no sus intereses, sino su amor propio; pero ¿qué vale el amor propio de la ciudad de París, por grande que sea, comparado con el interés comun, con el interés de la Francia?

A mayor abundamiento, el orador cree que estando el gobierno en Versalles, París ganará, París tendrá mas seguridad, mas prosperidad y mas libertad.

Mas seguridad, porque todo proyecto de motin desaparece hallándose lejos el gobierno; mas prosperidad, porque todo lo que turba el orden público ataca mortalmente á los negocios; y mas libertad en fin, porque París, residencia del gobierno, es incompatible con París ciudad municipal.

Y en apoyo de este último punto agrega que todos los gobiernos que han sido lógicos han puesto á París en estado de sitio, digámoslo así; le han privado de las libertades municipales, y bajo el pretexto de que habría sido extraño dar á lo restante de la Francia mas libertad que á la capital, restringian también las libertades del país, libertades de que sin embargo, no habría abusado.

Tal es la situación á que la nueva ley quiere poner un término.

M. Ravinel termina con ejemplos y con citas que cree concluyentes.

En primer lugar rectifica lo expuesto por M. Naquet acerca de la elección de capital en los Estados Unidos.

Se principió por elegir no á Washington sino á Filadelfia, y después de haber presenciado el grave insulto que se infligió al Congreso, se trasladaron á Anapolis y de Anapolis á Washington,

Al llegar á este punto lee unos párrafos de Story, el sabio comentador de las instituciones americanas.

Refiere Story que á fines de la guerra de la independencia, el Congreso se hallaba en Filadelfia, gran ciudad de 600,000 almas que fué insultada por un motin no numeroso, pero sí violento, y con cuyo motivo se trasladó á una pequeña localidad; y después añade:

« El afrentoso espectáculo de un Congreso que huye, fué suficiente para que se tomara una medida decisiva, y á la verdad si el pueblo no hubiera escarmentado con tal lección, habría sido preciso desesperar de su inteligencia no menos que de su honra. »

El orador manifiesta que en Francia se ha tenido repetidas veces la misma lección, y que es preciso escarmentar como en América.

Su conclusión se encierra en el parecer de un hombre cuyo testimonio se promete no recusará la Asamblea; es Mirabeau, que vió el gobierno en Versalles y vió á la Asamblea nacional de entonces dirigirse á París « para la desgracia de la Francia. » Tomáronse, sin embargo, precauciones que creyeron eficaces; Mirabeau propuso una ley sobre las coaliciones y otra sobre el derecho de reunión, leyes que fueron vanas.

Hé aquí la opinión de Mirabeau acerca de París, políticamente hablando, opinión que se halla escrita en su correspondencia á Lamacque:

« Jamás han podido reunirse en un solo foco tantos elementos combustibles y tantos elementos inflamables... Una multitud de extranjeros independientes que soplan la discordia en todos los lugares públicos, todos los enemigos de la antigua corte, un numeroso populacho, acostumbrado á triunfos y á crímenes, una porción de grandes propietarios que no se atreven á mostrarse porque tienen que perder, la reunión de todos los autores de la revolución y de sus principales agentes, en las clases bajas la hez de la nación, y en las mas elevadas todo lo mas corrompido... tal es París. »

« París conoce toda su fuerza; la ha ejercido sucesivamente sobre el ejército, sobre el rey, sobre los ministros y sobre la Asamblea; la ejercerá sobre cada diputado individualmente; quita á unos el poder de obrar, á otros el poder de retractarse, y una porción de decretos no son otra cosa que el producto de su influencia. Algunos hombres perversos creen quizás que en un gran sistema democrático los jefes de París lo serian de la nación; quizás se imaginan que al reemplazar la autoridad pública con autoridades parciales, una ciudad tan importante se quedaria sin contrapeso. Sean cuales fueren sus proyectos y sus miras, es seguro que París vendrá á ser la última ciudad del reino ó se someterá... Es preciso dar á conocer sus proyectos para que se teman, poner en evidencia los gastos de todo género que ocasiona, y hacer desear que la segunda legislatura tenga asiento en una ciudad donde se hallen mas aseguradas su independencia y la libertad del rey. »

M. Ravinel piensa que sustituyendo estas palabras: « la libertad del rey » con estas otras: « la libertad de la Asamblea nacional, » la opinión de Mirabeau es de todo punto aplicable á la situación presente.

La réplica de M. Dreó es la repetición de los argumentos ya conocidos, y que por lo visto no hacen mella en la mayoría. M. Dreó expone que París, que ha sufrido las pruebas del sitio y los horrores de la guerra, París que ha dado tantas pruebas de patriotismo, que resume en sí todos los padecimientos con todas las inspiraciones generosas, no merece la suerte que le prepara la Asamblea.

La decisión del proyecto de ley va á dar un golpe fatal á la industria y al comercio parisiense.

Pero el orador quiere considerar la cuestión bajo otro concepto. ¿La Asamblea, definitivamente instalada en Versalles, tendrá las condiciones de seguridad que necesita? ¿El peligro que se teme en París no aparecerá con el tiempo en Versalles? A juicio del orador el peligro que se teme en París es puramente imaginario.

Otro hay mas serio que el que se teme, dice M. Dreó, y es el de los golpes de mano de la fuerza armada; y sobre este punto recuerda que un 18 brumario ó un 2 de diciembre, se operan mas fácilmente en Sain-Cloud ó en Versalles que en París.

En las actuales circunstancias, pregunta, ¿quién puede poner á cubierto á la Asamblea contra una nueva tentativa bonapartista?

M. Dreó refusa varios de los argumentos históricos invocados en el dictámen de la comisión, y concluye tachando de inoportuna y de impolítica la medida que se propone.

A este punto llegaba el debate cuando se levantó la sesión del 5 de setiembre, y á la hora en que escribimos no sabemos aun cuál habrá sido el resultado.

Sin embargo, á menos que los partidarios de la instalación en París, entre los cuales se dice que se cuenta el gobierno, no logren que la discusión se aplase por ahora, es muy de temer que se apruebe el proyecto de ley, y que deje de ser París la capital política de la Francia. Los ánimos en la mayoría de la Asamblea están muy excitados contra París. Ya en Burdeos, antes de la insurrección del 18 de marzo, dieron prueba de su hostilidad á la capital no trasladándose á ella; pero después de aquellos fatales sucesos la

animadversión ha crecido, y ha llegado la hora en que puede aprovechar la ocasión de imponer á Paris un terrible castigo.

Dícese que el gobierno intervendrá para decir que su deseo es la instalacion en Paris, mas sin declararse por esto en pro ó en contra de la ley positivamente; nosotros dudamos que esta declaracion produzca el efecto que parece prometerse el gobierno.

MARIANO URRABIETA.

La Commune ante la Justicia.

(Continuacion. — Véase el N.º 973.)

Le escucharon y fué delegado al servicio de que él señaló la importancia, y así tomó posesion del ministerio, « de ese ministerio, dice, del que he salido mas pobre que cuando entré. »

El acusado se enorgullece de haber podido hacer frente durante mas de dos meses al presupuesto considerable á que debía subvenir, sin haber puesto á contribucion ninguna fortuna privada, ni recurrir á ningun establecimiento de crédito, salvo el Banco de Francia.

Habla, no sin cierto énfasis, de los *cuarenta y siete millones* que le han pasado por las manos, sin que se le pueda reprochar haber tomado la mas mínima parte; trata de demostrar las funestas consecuencias á que hubiese conducido el sistema empleado por los jefes del movimiento en un principio, y la ausencia del orden y regularidad en los ingresos y pagos, gracias á la cual se ha podido evitar el saqueo y la ruina con sus consecuencias inevitables.

Gomo lo hemos dicho, es una verdadera defensa, tal vez mejor que hubiera podido hacerla un abogado. El acusado habla con facilidad y voz clara; acompaña su palabra con una accion elegante: su frase es abundante, sonora y casi siempre halla la palabra propia.

El efecto producido en el auditorio es considerable; queda para mañana la audicion de testigos.

El tribunal deja la sala de audicion á las cinco y veinte y cinco minutos de la tarde.

Audicion del dia 12 de agosto.

El hecho mas notable de esta audicion es la audicion del general Chanzy, llamado como testigo por la defensa en favor de Billioray.

A las doce y cinco minutos se abre la sesion. Poco despues llega el general Chanzy, que se pone á la disposicion del presidente. Un murmullo de respetuosa simpatía acoge el paso del general hasta la barra, en que se detiene modestamente.

El defensor — Cuando Billioray puso en libertad al general, ¿ no le presentó sus excusas por su prision? »

El general Chanzy. — No conozco al acusado Billioray. Cuando me pusieron en libertad fui llevado previamente ante el comité del Hotel de Villa, donde encontré de 20 á 25 individuos, todos igualmente desconocidos para mí. Uno de ellos, que llevaba el uniforme de guardia nacional, y tenia luengos cabellos y una gran barba rubia, tomó la palabra, y dirigiéndose al general de Langariau y á mí nos pidió mil perdones por nuestra prision. Explicó que no habia sido prescrita por el comité, sino operada espontáneamente por los guardias nacionales, y que una vez arrestados, el comité debió dejarnos presos hasta el momento en que fuese posible libertarnos sin inconveniente.

Entonces me informé de las causas de esta arrestacion, y me respondieron que siendo general en jefe del ejército del Loira, habian creido que yo entraba en Paris para restablecer el orden con mi ejército, y que además habia recibido como oficial al duque de Chartres. Contesté que el ejército del Loira estaba disuelto desde el 12 de marzo, y que mi llegada á Paris no tenia motivo político alguno; que en lo relativo al duque de Chartres, yo habia cumplido mi deber y él el suyo.

El mismo orador de barba rubia tomó entonces la palabra para dar explicaciones sobre el asesinato (así dijo) de los generales Clemente Thomas y Lecomte. Otro orador interrumpió al primero, diciendo que el comité no debia explicaciones á nadie, y de aquí se originó un altercado que no quisieron presenciarse yo, pues me condujeron fuera del Hotel de Villa á través las barricadas. Llegados á una calle libre, me dijeron: « Podeis ir donde os plazca; pero tratad de no encontrar guardias nacionales, porque no podemos responder de nada. »

El presidente señala el momento de verificar la identidad del acusado y del orador de la barba rubia.

Billioray se levanta, y despues de un minucioso exámen, el general declara no reconocerle, lo que el defensor atribuye á la ausencia de la barba. Mediante presentacion de una antigua fotografia de Billioray, el general declara que se parece bastante al orador en cuestion, que solo ha visto una vez, de noche y en momentos poco propios para fijar sus recuerdos. Interrogado sobre si no conocia al acusado por el timbre de la voz, el general responde que, en efecto, le reconoceria por este detalle mas que por otro alguno,

Billioray declara que de esta deposicion resulta para él que al siguiente dia de la victoria de los suyos, calificaba ya de asesinato lo que justamente se llama así en la audicion.

El defensor de Billioray da gracias al general Chanzy por su *benevolencia*.

El general Chanzy. — No se trata de benevolencia, se trata del cumplimiento de un deber, y no acepto vuestras gracias.

AUDICION DE TESTIGOS SOBRE LA CAUSA JOURDE.

El público ve con legítima curiosidad al marqués de Ploëuc, sub-gobernador del Banco, que permaneció firme en su puesto en medio del terremoto comunal.

El marqués de Ploëuc expone detalladamente las diversas circunstancias porque ha atravesado el Banco desde el 28 de marzo hasta el 28 de mayo, y tributa sus elogios á los esfuerzos de Jourde para poner á cubierto este establecimiento de crédito. Tambien habla en favor del decano Beslay, que ha contribuido tanto ó mas que Jourde á la conservacion del Banco.

El presidente pregunta al testigo cómo explica un documento unido á la causa de Jourde, que es un recibo de 30,000 francos exigido como requisicion, y que tiene escrito al pié:

« Si esta suma no se nos entrega inmediatamente, el Banco será invadido por los batallones federados. »

» Firmado: JOURDE. »

El testigo declara que siempre que ha hecho una entrega ha tenido buen cuidado de hacer constar por un escrito que cedia á la violencia. El testigo termina su declaracion con algunas palabras que, sin ser del todo halagadoras para el acusado, rinden tributo á la moderacion relativa del acusado durante su permanencia en el poder.

La sesion se suspende por un momento á las tres de la tarde, y luego sigue la audicion de testigos, y la generalidad de las deposiciones son en favor del acusado.

El domingo y el martes, dia de la Asuncion, no habrá audicion; el lunes se verificará el interrogatorio de Courbet.

La sesion se levanta á las cuatro y veinte minutos.

Audicion del dia 14 de agosto.

INTERROGATORIO DE COURBET.

Hé aquí el punto principal de fijar la atencion en la audicion de este dia.

La sesion se abre á las doce y cuarto, y el presidente hace levantar al acusado Courbet, el pintor famoso, miembro de la Commune.

El *acusado* declara que aceptó el nombramiento de la Commune en calidad de pacificador, pero que reconoció pronto su presuncion. Sin embargo, adquirió un poder ilimitado para otro objeto que se habia propuesto y llevó á cabo: salvar las artes. Courbet pronuncia un interminable discurso sobre este asunto, y despues de dos avisos del presidente, anuncia llega á la Commune. El acusado dice que habiendo sido reelegido por segunda vez, creyó deber ceder á esta insistencia significativa, y por esto no dió su dimision. Declara, criticando la destruccion de la columna Vendome bajo el punto de vista artístico, no haber tenido parte alguna en ella. En cuanto á la demolicion de la casa Thiers, ha tomado en ella el papel de *salvador*. Por mas que el acusado pretende haber sido extraño á todo desde el 14 de mayo, no logra libertarse de la responsabilidad de los últimos actos de la Commune, despues del nombramiento del Comité de salud pública.

Courbet, á instancias del presidente, dijo que no habia estado nunca en las reuniones de la Internacional, y que si habia una tarjeta con su nombre, esto consistia en que se enviaban á todas las personas que tenian alguna notoriedad.

El presidente le preguntó en seguida cuáles eran los cuadros que habia guardado y sellado en una cueva del pasaje Saumon, y Courbet respondió que eran los de su propiedad, que constituian toda su fortuna, aun despues de haber destruido muchas de sus colecciones de dibujos y documentos recogidos mucho tiempo há.

Volviendo á hablar de la columna de Vendome, el presidente hizo notar al acusado que dicho documento le debia ser muy desagradable, cuando se ve que ya habia pedido su demolicion con fecha 14 de setiembre.

Courbet dice que no se debe á él la iniciativa de la proposicion, y que desde 1815 pensaban muchos que la columna era una especie de peligro político y de amenaza incesante de invasion. Que él no examinaba el monumento mas que bajo el punto de vista artístico, y hallaba que la columna estorbaba en la plaza y contrastaba de un modo desagradable con las costumbres de este sitio.

Dice que el monumento era absolutamente nulo; que le faltaba la perspectiva; que tenia una escultura infantil y detalles grotescos. Que no era sino una parodia de la columna de Trajano, y que para no comprenderlo así, seria preciso no haber visto las puertas del baptisterio de Florencia.

Courbet intenta evadirse de su responsabilidad diciendo que el decreto de demolicion era anterior á su entra-

da en la Commune, y que él no queria destruir la columna, sino trasladarla al Campo de Marte, á la Esplanada de los Inválidos ó á otra parte cualquiera.

Que en una sesion de la Commune habia pedido que se conservase el zócalo sobre que la columna estaba basada, y que se añadiese una figura que tuviese cubierta la cabeza con un gorro frigio.

Despues de haber mediado varias contestaciones entre el acusado y el presidente para fijar bien los hechos relativos á la parte de responsabilidad que incumbe á Courbet en la demolicion del monumento de que se trata, el comisario del gobierno preguntó al procesado si podria negar que el 12 de mayo habia pedido la demolicion de la columna, á lo que Courbet contestó haber pedido que quedase en pié la mitad.

El mismo comisario hizo notar que no se trataba de consideraciones artísticas, sino políticas, y que en este sentido se habia resuelto la destruccion del monumento.

Cuando el comisario hizo un cargo al acusado por haber asistido á la sesion del 22 de mayo, celebrada por la Commune, Courbet contestó que si acudió á la sesion fué por salvar al general Cluseret.

El comisario del gobierno hizo notar que faltaba la comprobacion del hecho de la dimision de Courbet el 14 de mayo, cuando se constituyó el comité de salud pública.

El interrogatorio del acusado terminó con estas palabras de Courbet:

« Repito otra vez mas que yo no soy hombre político, y que no tenia razon alguna para dejar de ser fiel á mi dimision. » A lo que replicó el presidente: « Sí, cuando se cometen los horrores nadie quiere ser solidario de ellos; si se hace algo bueno, todo el mundo quiere participar de ello. »

Pasando al exámen de los testigos, el conserje de la columna de Vendome asegura haber visto á Courbet subir la escalera que conducia á los andamios hechos para la demolicion.

Courbet protesta.

La señorita Girard dice haber dado asilo á Courbet en el pasaje Saumon hasta el 21 de mayo, y otros testigos hablan de la buena conducta del procesado, de su temperamento inofensivo, de lo que hizo en el Louvre para salvar las riquezas artísticas, y de otros pormenores que no tienen relacion alguna con los cargos que se le hacen en esta causa.

Otro de los testigos de descarga, M. Julio Simon, habla del nombramiento de director de Bellas Artes conferido á Courbet el 14 de setiembre, y con este motivo se debate si el acusado era ó no funcionario público.

Cuatro ó cinco testigos mas han declarado en favor de Courbet.

El presidente recordó en seguida á Jourde todos los cargos graves que pesan sobre él, y se escuchó al capitán Ossud que recordó á Jourde haber confesado que el lunes habia tomado del ministerio de Hacienda 700,000 francos, de los que no habia gastado mas que 450,000 desde el lunes hasta el miércoles.

Jourde promete presentar por escrito al consejo las cifras principales de su balance.

El presidente hizo presentar al acusado cuatro nuevos documentos, de los cuales Ferré reconoce dos y niega otros dos.

Finalmente son interrogados el testigo Dacosta, el ejecutor de las grandes obras de Raoul-Rigault, muchacho de unos veinte años, que se presenta con una sangre fria extraordinaria en su edad.

La declaracion de este testigo es poco interesante.

La del último de los examinados, M. Poulet, negociante, que fué preso á consecuencia de una carta detenida por la Commune, se reduce á decir que los insurgentes que le llevaron preso repelían sin cesar que se quemaria á todo Paris antes que entregarse á los versalleses, y que habia minados dos kilómetros de alcantarilla.

Billioray protesta contra las minas.

La sesion se levanta á las cinco de la tarde.

Audicion del 16.

Era medio dia cuando comenzaba la vista de la causa célebre de que hablamos, con el interrogatorio de un comunero de baja estofa, si se le compara con otros de que hemos hecho mencion anteriormente.

Tocaba el turno de ser examinado al llamado Trinquet, ex-zapatero y ex-delegado de la alcaldía del vigésimo distrito de Paris, falto de prestigio á pesar de los cargos graves que sobre él pesan, porque hay malvados que son pequeños hasta en la maldad misma, al paso que han existido otros que parecen grandes al desempeñar sus papeles trágicos en el teatro del crimen.

INTERROGATORIO DE TRINQUET.

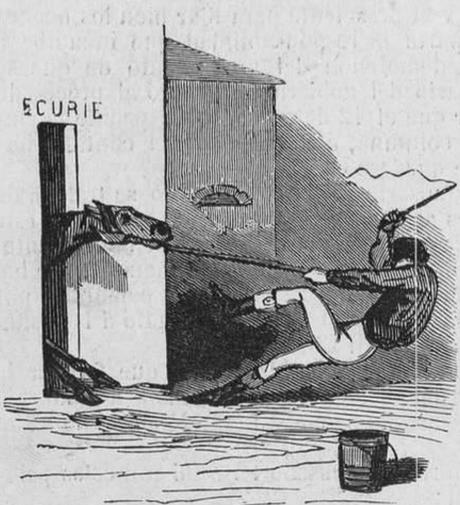
A instancia del presidente, que le pregunta si se ocupaba de política antes del mes de marzo de 1871, el acusado responde que ya se ocupaba de ella en 1869, en la época de las elecciones de Gambetta y Rochefort.

Confiesa despues que en el molin del 8 de febrero llevaba un revolver y gritaba ¡Viva la república! y fué condenado por ello á seis meses de prision.

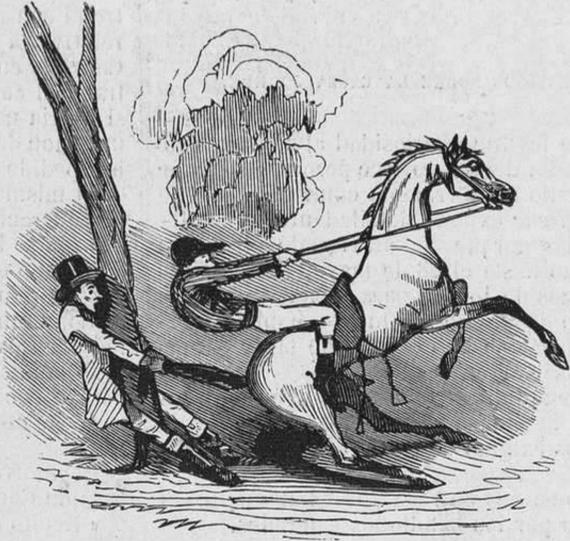
Confiesa además que asistia á las reuniones electorales, aunque calla que haya estado afiliado á los clubs, y dice que entró en la Commune el 16 de abril.

(Se continuará.)

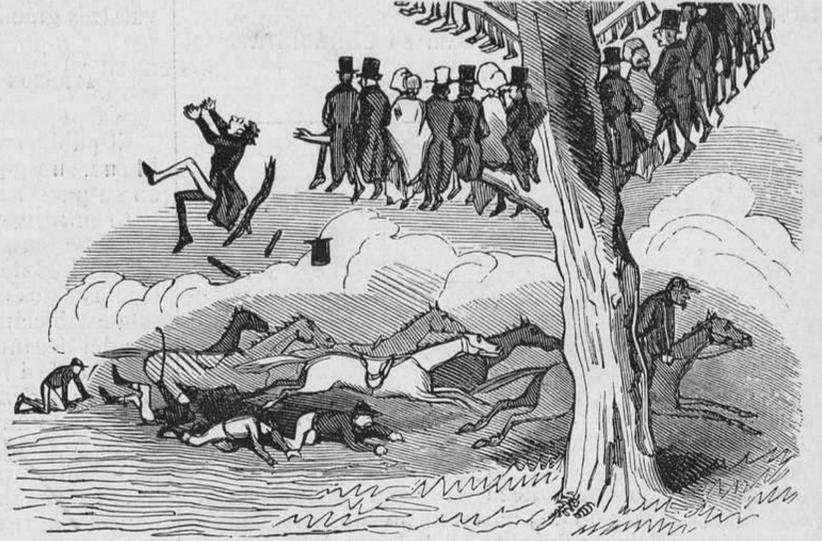
LAS CARRERAS DE CABALLOS, POR CHAM.



Un caballo que no ganará el premio.



Un caballo que aspira á ganarle.



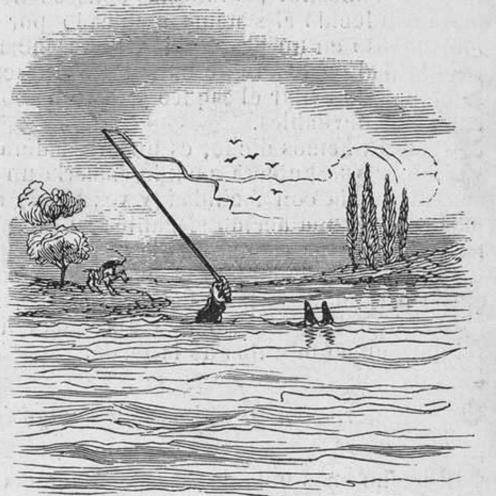
La carrera simplificada.



Inconvenientes de la pradera.



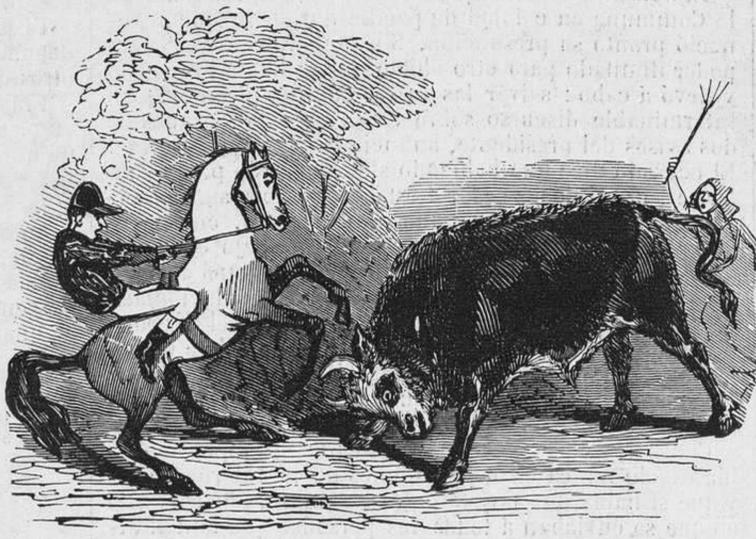
Idem de un matorral.



Idem de un rio.



Los inconvenientes de una pared empedrada de cascos de vidrio.



Obstáculo imprevisto.



Tipos de aficionados apostando.



El jinete y el caballo que han tenido la suerte de llevarse el premio.



Un mes despues. — Un pescador de caña saca lo que están ustedes viendo.

Recuerdos de un guardia móvil.

(Continuacion. — Véase el N° 973.)

II.

La letra de cambio que el país ha girado contra nosotros llega á su vencimiento. Es un mal rato, el cuarto de hora de Rabelais, que hay que pasar y que no deja de inquietarnos algun tanto.

El otro mal rato, el que nos es familiar en Francia, hace ya tiempo que ha perdido toda influencia de impresion.

Y es que todos nosotros, sin excepcion, gracias á la complicidad de los acontecimientos, hemos desviado á nuestro beneficio, algun Pactolo doméstico. Es que el padre por un lado, la madre por otro, la tia y la hermana, deslizaron discretamente su óbolo en la mano del sobrino, del hermano ó del hijo que está de marcha.

Ahora bien, siendo proporcionada la diferencia de costumbres, de necesidades y de gastos á la diferencia de las condiciones sociales, podiamos todos entonces con sumas muy diferentes en el bolsillo, satisfacer igualmente nuestros caprichos mas exagerados.

Así pues, los establecimientos públicos de toda clase, restaurants, cafés, cervecerías, etc., estaban atestados de futuros héroes. Los habia hasta debajo de las mesas.

¡Oh! ¡Quién podrá decir nunca los kilólitros de bebidas que entonces se absorbieron!

Y esto duró hasta la víspera de la marcha, que tuvo efecto el 30 de julio.

El 30 de julio fué un dia mas animado aun que los anteriores.

Al ardor de las libaciones llegó á mezclarse el importuno recuerdo de las manifestaciones extravagantes que se cruzaron en los bulevares; y de aquella mezcla nació, sin que se supiera cómo, una necesidad tan irremediable como espontánea de reducir por la parodia aquellos entusiasmos locos á proporciones mas razonables.

Y hé aquí que por las calles del barrio aparecen grupos con banderas, cantando á gritos; y por la noche, la belicosa estudiantina se dirige en masa al baile de la *Closerie des Lilas*.

Bullier conoce su clientela.

Además, queria que aquella noche de despedida hiciera época con algo original, y en honor de los bailarines, la orquesta tocó la *Marsellesa* ¡arreglada para polka!...

En tanto que los muchachos bailan con furor y aplauden patrióticamente, llega una noticia:

« El sexto batallon se ha distinguido en el Campo de Marte por su rápida inteligencia en las maniobras, y saldrá uno de los primeros para Estrasburgo. »

— ¡Es posible!

— Es oficial.

— ¿Con que se tirarán algunas balas?

— Adelante todo el mundo.

Un poco de entusiasmo sincero se despierta por primera vez en nosotros con la noticia.

¡Vamos á tener una victoria!

Y peroran, discuten, y uno pregunta encolerizado: ¿por qué no tenemos armas?...

Hasta entonces no lo habiamos advertido.

Al otro dia, despertar desagradable. La lengua seca y el estómago mal á gusto. La imaginacion se ha enfriado. Nos han vuelto las dudas y con ellas la indiferencia.

Comenzamos á vestirnos con el pantalon de uniforme.

— ¿Y la barba?... No seria malo afeitarse.

Con efecto, es una idea.

Pero con las eventualidades futuras vale mas dejarla crecer: el pelo es señal de fuerza.

Ea, ya no hay mas que despedirse de la familia; pues no es posible volver mas tarde.

Ante todo nos reclamamos el cuartel de Lourcine... y luego hay que hacer tantas cosas...

El adiós del *moblót* (guardia móvil) en aquella ocasion no tiene mas ni menos efusion que el vulgar: ¡Hasta la vuelta! de un viaje de recreo. ¿Para qué afeitarse? Si todos sabemos que es un simple paseo de colegiales...

Y esta conviccion es la de todos, excepto una persona; la madre.

¡Pobre madre!

Por mas que se presentan á su buen juicio las mil y una consideraciones en cuya virtud el ejército francés debe alcanzar una pronta victoria; por mas que se la demuestra por Gramont—Lebœuf que los admirables veteranos, á quienes no falta *ni un boton en las polainas*, son demasiado superiores á la tarea que se emprende para necesitar el concurso efectivo de los reclutas de la guardia móvil... no se la convence.

Menea imperceptiblemente la cabeza.

Su instinto se resiste á los argumentos mas irresistibles.

¡Si al menos pudiera dar libre curso á sus alarmas! Pero no. El jóven que se pone en marcha necesita toda su firmeza. No debe enterarse. Le abraza corriendo

y aun encuentra fuerzas para chancearse sobre la extrañeza de sus atavíos.

Habria querido poder acompañarle hasta el ferrocarril; pero cuando le preguntó la hora fija de la marcha, respondió de un modo tan evasivo, que no se atrevió á preguntar mas.

El barrio latino *partant en guerra* debia tener en efecto, una escolta de simpatías demasiado variadas y turbulentas, para que el digno y discreto cariño de una madre pudiese figurar en aquel momento supremo.

Mientras se aleja, ella le sigue con la vista hasta que vuelve por la esquina de la calle; y cuando ya ha desaparecido las lágrimas comprimidas tanto tiempo estallan por fin.

Luego, pasada la crisis, se queda inmóvil detrás de las cortinillas, con el pensamiento fijo y despedazado el corazón.

Todas las inspiraciones del amor materno se concentran en este único y doloroso punto de interrogacion:

— ¿Le volveré á ver?

¡Pobre madre!

Entre tanto el hijo va andando con la mayor desventura; pero su corazón está oprimido, pues no ha podido menos de notar la violencia moral que su madre se ha impuesto.

Sin embargo, es una debilidad y hay precision de combatirla. Al cabo y al fin, se trata de un soldado.

Muy luego no le preocupa mas que una cosa, y es reunir cuanto antes la coleccion de objetos menudos que necesita; cepillos, jabon, espejillo, peines, el cubierto de estaño, betun, etc.

Una porcion de cosas insignificantes que la industria en su reconocido patriotismo vende ahora á precios fabulosos.

— Puesto que hay dinero y todo eso es indispensable. ¿Qué hemos de hacer? Comprarlos, ¿no es verdad, amigo?

— Ya lo creo.

— Además, parece ser que el gobierno reembolsa esos gastos.

— Por sabido se calla.

— Así pues, el dinero empleado en esas compras es como si se pusiera en una caja de ahorros.

— Justo.

— Y es económico, porque de ese modo no se disipa...

— Bien dicho, muchacho.

El que responde es un veterano que usa el tono un tanto sarcástico. Pero no hay tiempo de hacer reflexiones. Hechas las compras se pasa una revista general.

— ¡Completo!

Y sobre esto al cuartel en derechura.

Van á pasar la primera lista.

Apenas se han organizado las compañías y ya se encuentran dislocadas las combinaciones del compañerismo particular.

Se forman las líneas, y se echa de ver que falta la mitad del batallon.

Y entre tanto nadie consiente todavía en cambiar la alegría del paisano por la gravedad del soldado.

Nadie, excepto nuestros tambores.

No son mas que tres; pero tres que valen por seis. Tres veteranos, cada uno con su apodo, que es preciso tener en la memoria: *Grandgousier*, *Chaparmens* y *Tristapin*. Serios como diplomáticos. Al observar la importancia que se dan, se diria que encierran en sus tres cajas los destinos de la Francia.

Este terceto compone con los trompetas el pequeño estado mayor.

¡Atencion! ¡La vivandera!

Y de uniforme de gala. Mirémosla bien hoy, pues en toda la campaña la volveremos á ver con tan asombroso uniforme.

¡Qué orgullosa! Parece que en toda su vida ha hecho otra cosa que seguir á los ejércitos.

Y así es: nos dice que en Italia el fusil era su aguja de hacer media, y nos promete que en esta campaña será lo mismo.

Sin embargo, á despecho de esa superioridad mujeril llena de gracias, el batallon no se entusiasma.

Y es que por una reminiscencia lógica del pensamiento, se acuerda de los *estudiantes* del barrio y compra.

Además, el estrépito del cuartel; esos grandes patios desnudos; la multitud escalonada en el boulevard de Port-Royal y cuyas miradas penetran hasta el patio; el redoble del tambor. el sonido de la trompeta, tantas agitaciones inusitadas acaban de atontar al nuevo guerrero.

Se ahoga en el cuartel, pide aire.

Por fortuna, nada mas fácil que salir, no obstante la consigna.

Basta un pretexto y un poco de desearo.

El pretexto que yo elegí fué muy sencillo.

— Mi capitán, no tengo escudilla para el rancho.

— Pues id á comprarla.

Y salgo.

Lo menos necesitaba quince minutos para hacer mi compra y tardé dos horas.

Llegué justo en el momento del rancho.

Pero ¡qué escudilla compré!

De seguro que podia contener las raciones de una escuadra,

J. D.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion — véase el número 973.)

— Supongo que pocas veces os habreis visto expuesto á hacer un papel mas bochornoso que hoy, repuso Simon Tappertit saliendo de la taberna con majestuoso talante.

— Mal hecho en suponerlo; si al menos tuviera cuernos ó cola, trataria de igual á igual con mis compañeros; pero debo citar como una excepcion á estos dos muchachos, dijo designando á Hugo y Bernabé, que son los únicos que han probado hoy que eran hombres.

Después de hacer esta justicia al valor de los dos amigos, el verdugo buscó algun consuelo en un pedazo de carne fiambre y un jarro de vino, pero sin dar expansion á su triste y sombría fisonomía, cuyo siniestro aspecto aumentaron en vez de disipar aquellas distracciones sólidas y líquidas.

Los que escuchaban los insultos del verdugo, tal vez hubieran tomado el asunto formalmente y se hubiera armado una de garrotazos, á no estar tan cansados y desanimados. La mayor parte de ellos estaban aun en ayunas, todos se sentian rendidos de cansancio y mareados del calor, de los gritos, de la excitacion y de los esfuerzos violentos, y hasta muchos de ellos habian perdido la voz y no tenian fuerza para sostenerse en pie. No sabian ya qué hacer, temian las consecuencias de lo que habian hecho, y conocian que se habia frustrado su plan y que no habian logrado mas que empeorar el negocio.

Aunque es verdad que al cabo de una hora habian salido de la taberna muchos de los que se habian refugiado en ella, y que los mas honrados juraron no volver jamás á comprometerse, se quedaron algunos, pero únicamente para echar un trago y retirarse después á sus casas desanimados y arrepentidos. Otros, que no habian dejado de frecuentar ningun dia la taberna de la *Cuba*, resolvieron no volver mas y separarse para siempre de la *Asociacion*.

La media docena de presos que habia caido en poder de la tropa se multiplicó prodigiosamente al pasar de boca en boca hasta llegar á centenares, y sus amigos, débiles de cuerpo y abatidos de ánimo, vieron desfallecer de una manera tan sensible su energía bajo la influencia de estas noticias alarmantes, que á las ocho de la noche solo quedaban en la taberna Dionisio, Hugo y Bernabé, y estaban casi dormidos en los bancos cuando les despertó la llegada de Gashford.

— ¡Cómo! ¿Aquí estais? dijo el secretario. No creia encontraros.

— ¿Y dónde quereis que estemos, maese Gashford? repuso Dionisio incorporándose.

— ¡Oh! en ninguna parte, en ninguna parte, respondió con acento meloso. Como las calles están llenas de escarapelas azules, creia que aun estábais allí. Me alegro de ver que me he equivocado.

— Lo cual quiere decir que teneis que darnos algunas órdenes ¿no es eso? preguntó Hugo.

— ¡Órdenes! No, amigo mio. ¿Qué órdenes puedo yo daros? ¿Estais por ventura á mi servicio?

— Sin embargo, maese Gashford, dijo Dionisio, ¿no pertenecemos á la Causa?

— ¡La Causa! repitió el secretario mirándole como si no entendiera lo que le decia. Ya no existe la Causa. La Causa está perdida.

— ¡Perdida!

— Indudablemente. ¿Tan atrasados estais de noticias? La peticion ha sido desechada por una mayoría de ciento noventa y dos votos contra seis, y es ya negocio concluido. Hemos hecho mal en tomarnos tanto trabajo. Si no fuera por esto y por no contrariar á milord, ni siquiera pensaria en tal cosa. Y por otra parte, ¿qué se me da á mí?

Al mismo tiempo sacó del bolsillo un cortaplumas, y colocándose el sombrero sobre las rodillas, principió á descoser la escarapela azul que habia llevado todo el dia, murmurando un cántico que habia estado en boga aquella mañana y moviendo la cabeza con ademán de disgusto.

Sus dos acólitos se miraban con asombro, y después le miraban á él sin saber cómo continuar la conversacion sobre el punto que tanto les interesaba. Por último Hugo, después de tocar con el codo á Dionisio y de dirigirse mútuas miradas y guiños significativos, se aventuró á cogerle la mano para preguntarle por qué arrancaba del sombrero la escarapela.

— ¿Por qué? dijo el secretario alzando los ojos con una sonrisa que podia pasar muy bien por una mueca, porque es una farsa indigna llevar esto para huir, para ocultarse y para dormirse á pierna suelta. Por eso la quito.

— ¿Qué queriais que hiciéramos pues, señor? preguntó Hugo.

— Nada, contestó Gashford encogiéndose de hombros, nada. Cuando milor se vió insultar y amenazar porque

venia á vuestro lado, soy demasiado prudente para que hubiese deseado que hicierais alguna cosa; cuando los soldados vinieron á atropellarlos y arrojarlos á los piés de sus caballos, hubiera sentido veros hacer alguna cosa; y finalmente, cuando uno de ellos fué arrojado al suelo por una mano atrevida y vi la confusion y el temor en todos sus semblantes, me hubiera enojado de que hubiérais hecho alguna cosa; y pensásteis como yo, porque os cruzásteis de brazos y solo os cuidásteis de huir. ¿No está ahí el jóven que fué tan atrevido é imprudente? Le tengo lástima.

— ¡Lástima! exclamó Hugo.

— ¡Lástima! repitió Dionisio.

— Supongo que mañana fijarán en las esquinas un bando prometiendo cincuenta libras esterlinas ó alguna miseria por el estilo á quien le prenda, y supongo tambien que estará comprendido en el mismo bando otro hombre que se descolgó desde la escalera al corredor ¿y para qué? para no hacer nada.

— ¡Mil rayos! exclamó Hugo saltando sobre el banco. ¿En qué hemos faltado para que nos habléis así?

— Sois muy vivo de genio, amigo mio, dijo Gashford sonriendo. Si os encierran en un calabozo, si ese jóven, añadió mirando fijamente el rostro formal y atento de Bernabé, es arrancado de nuestros brazos y de los de sus amigos, de personas que ama tal vez y que su muerte arrastrará al sepulcro, y si, despues de tenerle uno ó dos dias en la cárcel, le sacan para ahorcarlo á sus ojos, ¿qué importa? Encojámonos de hombros, y... paciencia. Estoy seguro de que pensareis como yo que el partido mas prudente es no hacer nada.

— ¡Salgamos! gritó Hugo dirigiéndose á grandes pasos hacia la puerta; Dionisio, Bernabé, salgamos.

— ¿Adónde? ¿Para qué? dijo Gashford corriendo hacia la puerta y no dejándole salir.

— ¡Iremos á cualquiera parte! respondió Hugo. Dejádme pasar, señor, ó vamos á saltar por la ventana que será lo mismo. ¡Dejadnos salir!

— ¡Qué muchachos tan traviesos! dijo Gashford que de pronto cambió de tono y tomó el de una familiaridad alegre y burlona. ¡Qué genios tan inflamables! Supongo que el entusiasmo no os privará de echar un trago antes de salir.

— ¡Oh! no por cierto, respondió Dionisio con voz ronca y enjugándose de antemano los labios ávidos con la manga. Pelillos á la mar, hermanos; bebamos con maese Gashford.

Hugo se enjugó el sudor de la frente y se sonrió en tanto que el secretario se reía á carcajadas.

— Ea, muchacho, bebamos y despachemos, aunque me parece que un trago no exige mucho tiempo. ¡Es un valiente! dijo el hipócrita secretario á quien Dionisio respondía con inclinaciones de cabeza, blasfemias, y votos dichos entre dientes. Cuando se atufa, ni el mismo demonio podría contenerle.

Hugo balanceó su puño robusto en el aire, y descargó un buen golpe á Bernabé en el hombro diciéndole: «No tengas miedo.» Despues de lo cual se dieron un apretón de manos.

Bernabé se hallaba aun bajo el imperio de la misma idea, de que no habia en el mundo un héroe tan desinteresado y tan virtuoso como su amigo, y esto causaba risa á Gashford.

— He oido decir, añadió tranquilamente, echando en los vasos á medida que los vaciaban tanto licor como querian y repitiendo con gusto este ejercicio, he oido decir, pero no puedo asegurar si es cierto ó no, que muchos de los que están andando por esas calles desearian destruir una ó dos iglesias católicas si encontraran jefes. Hasta se ha hablado de la de Duke-Street, en los Campos de Lincoln's-Inn, y de la de Warwick-Street, en Golden-Square. Sin embargo, no puedo asegurarlo. ¿Ireis hacia allí?

— ¿Y será para no hacer nada, mi amo? dijo Hugo. ¡Voto al diablo! No creo que Bernabé y yo debiésemos exponernos hasta caer en el garlito, y salir de la cárcel para acabar los dias en la horca. Ahora sí que vamos á dar gusto á esos señores. ¿No dicen que necesitan jefes? Pues manos á la obra, señores valientes.

— ¡Qué muchacho tan fogoso! exclamó el secretario. Hé aquí un hombre que no conoce el miedo. ¡Qué fuego, qué vehemencia! Es un hombre capaz de...

Pero no se tomó el trabajo de terminar la frase, porque los tres habian salido precipitadamente de la casa y ya no podian oírle. Se paró, pues, en medio de una carcajada, prestó oído, se puso los guantes, cruzó los brazos á la espalda, y despues de recorrer largo rato la desierta sala, se dirigió hacia la Cité y se internó en un laberinto de calles.

En todas partes encontró mucha gente, porque los acontecimientos del dia habian causado grande alarma. Los que no tenian valor para alejarse de sus casas estaban en las puertas ó asomados á las ventanas, y en todas las calles se oía la misma conversacion.

Unos contaban que el motin estaba completamente sofocado, y otros decian que habia principiado nuevamente; estos pretendian que lord Jorge Gordon habia sido conducido bajo una respetable escolta á la Torre de Lóndres, y aquellos aseguraban que se habia atentado contra la vida del rey, que habian vuelto á llamar la tropa, y que apenas hacia una hora se habia oido claramente un fuego graneado muy nutrido en el extremo opuesto de la ciudad.

A medida que la noche era mas sombría, las noticias eran mas terribles y misteriosas, y con frecuencia bastaba que un transeunte anunciase corriendo que los revoltosos estaban cerca, para que todos los vecinos pacíficos cerrasen las puertas, reforzasen las ventanas bajas

y reinase tanta consternacion como si un ejército enemigo acabase de tomar la ciudad por asalto.

Gashford se paseaba cautelosamente, escuchando las conversaciones para propalar mas allá ó para confirmarles con su testimonio todos los falsos rumores que podian favorecer sus fines. Ocupado en esta tarea, acababa de volver por la vigésima vez la esquina de Holborn, cuando llamó su atencion una turba de mujeres y niños que huían sin aliento y volviendo continuamente la cabeza hacia atrás en medio de un estruendo confuso de voces.

Este indicio seguro, agregado á un resplandor rojizo cuyo reflejo se veía en las casas de enfrente, le anunció la llegada de algunos amigos, y entrando en un patio cuya puerta habia encontrado abierta al pasar y subiendo con algunas otras personas á una ventana del segundo piso, pudo mirar sin ser visto la multitud que pasaba por la calle.

Los revoltosos llevaban antorchas que iluminaban los rostros de los principales actores de aquella escena. Acababan de destruir algunos edificios, y era indudable que el blanco de sus iras habia sido algun sitio dedicado al culto católico, si habia de juzgarse por los despojos que llevaban en trofeo, como sotanas, estolas y ricos ornamentos de altar cubiertos de sebo, polvo y yeso.

Bernabé, Hugo y Dionisio, con el vestido roto, los cabellos enmarañados, las manos y las caras arañadas y llenas de sangre á causa de los clavos que habian arrancado, iban á la cabeza de la turba furiosos y exaltados como locos que han roto su jaula.

Unos cantaban, otros lanzaban gritos de victoria; algunos disputaban y reñian; muchos amenazaban á los espectadores al pasar; no pocos, empujando pedazos de tabla, en los cuales descargaban su ira como si fueran víctimas animadas, las hacian astillas y las arrojaban al aire, y otros, completamente ébrios, ni siquiera sentían los golpes que habian recibido con la caída de las piedras, de los ladrillos ó de los maderos.

Cuatro pillos de la hez del pueblo llevaban á un hombre tendido sobre una hoja de ventana en medio de la multitud, y estaba cubierto con un paño sucio, debajo del cual solo se veía un bulto inanimado, una figura fúnebre.

En pos de este grupo se veían rostros rústicos que pasaban iluminados á intervalos por las antorchas humeantes, formando una fantasmagoría de cabezas de demonios, de ojos salvajes, de garrotes y de barras de hierro que vibraban y se agitaban sin fin en el aire: cuadro horrible en el que se veía á un tiempo tanto y tan poco, tantos fantasmas que no podian olvidarse en toda la vida, y tantos objetos cuantos podian verse de una sola rápida mirada. ¡Aparecian y desaparecian!

Mientras la turba pasaba para correr á continuar su obra de ruina y de cólera, se oyó un grito penetrante hacia el cual se precipitaron algunas personas. Gashford era una de ellas, porque habia bajado expresamente á la calle para contemplar aquella escena, pero se quedó detrás del grupo de los curiosos, y supo por boca de uno de los que se hallaban delante, que era una pobre mujer que acababa de conocer á su hijo entre los amotinados.

— ¿No es mas que eso? dijo el secretario volviéndose como para entrar de nuevo en su casa. Vamos; la cosa empieza á animarse.

LI.

A pesar de las esperanzas que habian inspirado á Gashford estos violentos preliminares, que indicaban en efecto que el motin empezaba á animarse, los revoltosos dieron muy pronto fin á sus hazañas, porque salió otra vez la tropa de los cuarteles, y la multitud se dispersó en el acto despues de una breve resistencia y de dejar media docena de prisioneros en poder de los soldados, pero sin derramarse una sola gota de sangre.

En medio de sus trasportes y de su embriaguez los amotinados no habian roto sin embargo todo freno ni se habian desmandado abiertamente contra el gobierno y las leyes; conservaban aun un resto de su respeto habitual á la autoridad, y si el gobierno hubiera tomado medidas mas eficaces para restablecer la majestad del poder, el secretario hubiese desistido por fuerza de sus maquinaciones y únicamente le habria quedado la amargura de un chasco completo.

A las doce de la noche las calles estaban desiertas y tranquilas, y exceptuando dos barrios de la ciudad donde se veía un monton de escombros al pié de paredes vacilantes en el mismo sitio donde el sol habia dorado el dia anterior con sus rayos dos magníficos edificios, todo tenia su aspecto ordinario.

Los católicos rentistas ó comerciantes, que eran bastante numerosos en la Cité y en sus arrabales, no tenían ya inquietud alguna por sus bienes ó sus casas, y tal vez no habian sentido grande indignacion por el agravio que se les hacia saqueando y destruyendo sus iglesias. Una fe sincera en el gobierno, cuya proteccion no les faltaba hacia algunos años, y una confianza en apariencia bien fundada en los buenos sentimientos de la gran masa de ciudadanos, con los cuales vivian, á pesar de la diferencia de sus opiniones religiosas, bajo un pié de intimidad, de afecto y de amistad, les tranquilizaba contra la repetición de los excesos cometidos el dia anterior, y estaban convencidos de que los verdaderos protestantes no eran responsables de aquellos ultrajes, así como estos sabian que los católicos no tenían la mas remota intencion de resucitar el tormento y las

hogueras de la Inquisicion, de lo cual les acusaba el populacho.

El reloj iba á dar la una, y Gabriel Varden con su esposa y Miggs estaban aun sentados en el comedor esperando.

El hecho por sí era ya extraordinario, pero el pábilo macilento de las velas casi consumidas, el silencio que reinaba entre ellos, y sobre todo, las gorras de dormir de la señora y de su camarera, demostraban patentemente que haria largo rato que estarían en la cama á no mediar poderosas razones para esperar en las sillas despues de la hora acostumbrada.

A falta de otras pruebas, se hubiera encontrado un testimonio suficiente en el aspecto de Miggs, la cual habia llegado á ese estado de sensibilidad nerviosa y de agitacion del sistema que resultan de una vigilia prolongada.

En efecto, no cesaba de frotarse la nariz ni de moverse en su sitio, como si el asiento de la silla estuviese lleno de huesos de melocoton que le obligasen á mudar á cada instante de postura; hacia igualmente en sus párpados frecuentes fricciones, y no olvidaba las tosecillas, los gemidos, los estremecimientos espasmódicos, los bostezos y otras mil demostraciones de la misma clase que habian acabado por apurar de tal modo la paciencia del herrero, que, despues de mirarla algunos momentos en silencio, estalló con este apóstrofe repentino:

— Mira, Miggs, vete á acostar, muchacha; hazme el favor de irte á acostar. Preferiria oír caer gota á gota durante una hora la lluvia de veinte y cinco goteras ó roer una corteza de pan detrás de un biombo á veinte y cinco murciélagos, que oír tus ayes y gemidos. Vete á la cama, Miggs; hazme ese favor.

— ¡Ah! señor, vos no teneis nada que os escueza, respondió Miggs, y por lo tanto no me admira vuestra tranquilidad. Pero la señora no está en el mismo caso... y mientras la inquietud os desvele, señora, añadió volviéndose hacia la mujer del herrero, me será imposible irme á acostar con el ánimo tranquilo, aunque todas las goteras de que habla el amo derramaran su agua helada sobre mi espalda.

Despues de esta declaracion Miggs hizo una multitud de esfuerzos y de movimientos de hombros para frotarse una picazon ficticia en un sitio imaginario, y se horripiló de piés á cabeza, queriendo dar á entender que las mencionadas goteras le inundaban todo el cuerpo, pero que el sentimiento del deber la retenia bajo tan helado chorro así como ponía á prueba su paciencia contra todos los demás padecimientos.

La señora Varden estaba muy amodorrada para poder hablar, y habiendo dicho Miggs todo cuanto tenia que decir, el herrero no tuvo mas remedio que suspirar y tomar paciencia.

Pero ¿qué paciencia de ángel no hubiera necesitado para estar con sosiego delante de aquel basilisco? Si miraba hacia otro lado para no verla era peor, porque sentía que se frotaba la cara, se torcia la oreja, guiñaba los ojos y daba á su nariz las formas mas extravagantes.

Si Miggs se veía libre por algunos momentos de estas pequeñas molestias, era porque se le habia dormido el pié, ó tenia comezon en los brazos, ó calambres en la pierna, ó le asediaba alguna otra dolencia horrible que la ponía en cruel tortura.

¿Disfrutaba por fin de un momento de reposo? Entonces, cerrando los ojos y abriendo la boca, se la veía tiesa como un palo en la silla, y despues inclinaba un poco la cabeza hacia adelante y se detenía como por un resorte. ¡Crac! volvía á bajar otra vez la cabeza un poco, el resorte volvía á maniobrar, y se paraba. ¡Crac! entonces se sentaba como Dios manda, pero un momento despues su cabeza caía, caía, caía insensiblemente. ¡Cielos! ya se acabó, va á perder el equilibrio. El pobre herrero suda sangre y agua de miedo que se haga un chichon en la frente ó que tal vez se fracture el cráneo, y se resuelve á despertarla; pero es inútil porque, sin saber cómo ni de qué manera, la ve al instante tiesa y derecha como una I, con los ojos abiertos, y con una expresion provocadora en su fisonomia, como que el sueño no tiene poder para vencer su obstinacion, pareciendo decir al herrero: «Puedo juraros por mi honor que no he cerrado siquiera los ojos desde la última vez que os he mirado.»

(Se continuará.)

El palacio de San German

Y EL MUSEO GALO-ROMANO.

(Conclusion. — Véase el número 973.)

III.

Por sus recuerdos no menos que por su arquitectura el palacio de San German merece sobrevivir noblemente á sus pasados esplendores. Tiene derecho para ser consagrado al culto de la ciencia, como el palacio de Versalles lo ha sido al de las artes. Mas en tanto que este hace revivir en el lienzo y en el mármol la série no

interrumpida de las glorias y grandezas de la Francia, el primero debe reconstituir los orígenes del país por medio de las reliquias galo-romanas que se han descubierto ya en las excavaciones y que en lo sucesivo podrán descubrirse.

No acaba aquí el destino del nuevo museo. Subiendo el curso de las edades reúne todas las muestras extraídas del *diluvium* que ofrecen la marca de la mano del hombre, desde la época en que el hombre ignoraba los metales, y se veía reducido á tallar en las piedras y en los huesos de los animales el instrumento guertero, industrial y doméstico necesario á su vida casi salvaje.

Esta colección abre el período que llaman los sabios edad de piedra; y la siguen la edad de bronce y la edad de hierro, que tendrán por objeto ilustrarnos sobre la infancia de las sociedades y el principio de la civilización humana.

Nos prometemos que el período galo-romano estará allí bien representado: la sala de Alesia, que contiene ya los objetos hallados en las excavaciones de aquella ciudad destruida con una cantidad de objetos de interés, será la joya del monumento.

Después de haber pasado en el piso bajo del ala del Norte, delante de los vaciados de los medallones del arco de Constantino en Roma, delante de las estatuas y de las máquinas de guerra de la antigüedad, se sube al entresuelo por el patio de honor.

sala de Alesia, donde se ve el plano en relieve de la ciudad gala, y la defensa del campo de César en el terreno en que este general puso el cerco á la plaza. A su lado están las reproducciones en miniatura de los campamentos romanos, las máquinas de guerra, las balas de

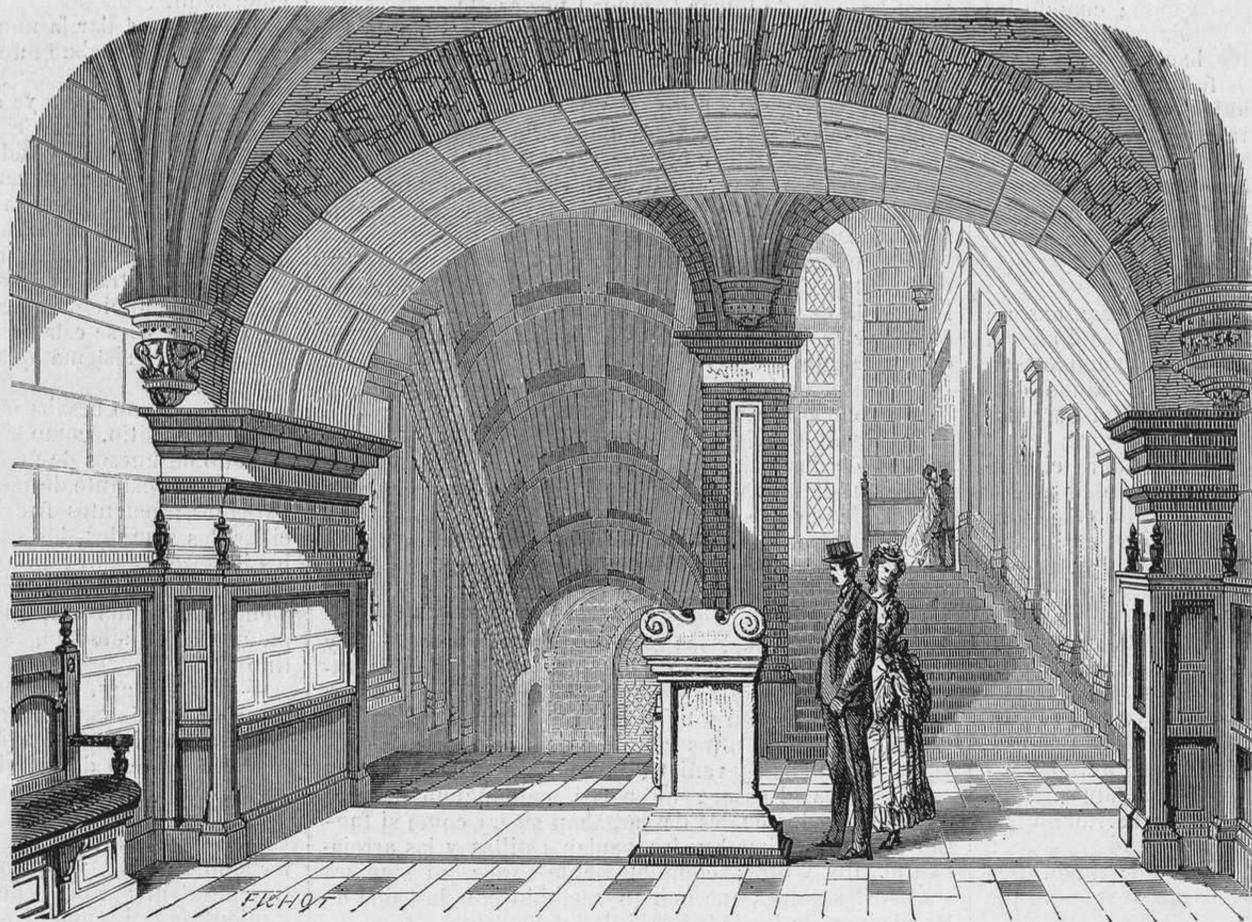
La primera sala, una de las que representan nuestros grabados, encierra una serie interesantísima de altares consagrados á las divinidades galas, así como una notable colección de piedras sepulcrales.

Estas piedras en las cuales se representaba la imagen del difunto con los atributos de su profesión, ofrecen una idea exacta del traje y los usos de aquellas generaciones.

Allí se reconoce al albañil con su paleta en la mano, al vidriero con su tenaza y su crisol, al vendedor de bebidas con su ánfora que derrama el líquido, y al soldado con su armamento.

De las paredes cuelgan fragmentos vaciados de la columna Trajana. Finalmente, en medio de la sala está la estatua de un soldado galo, vaciado del museo de Aviñon, que ofrece un tipo de la vestidura y armamento de los guerreros que resistieron á César.

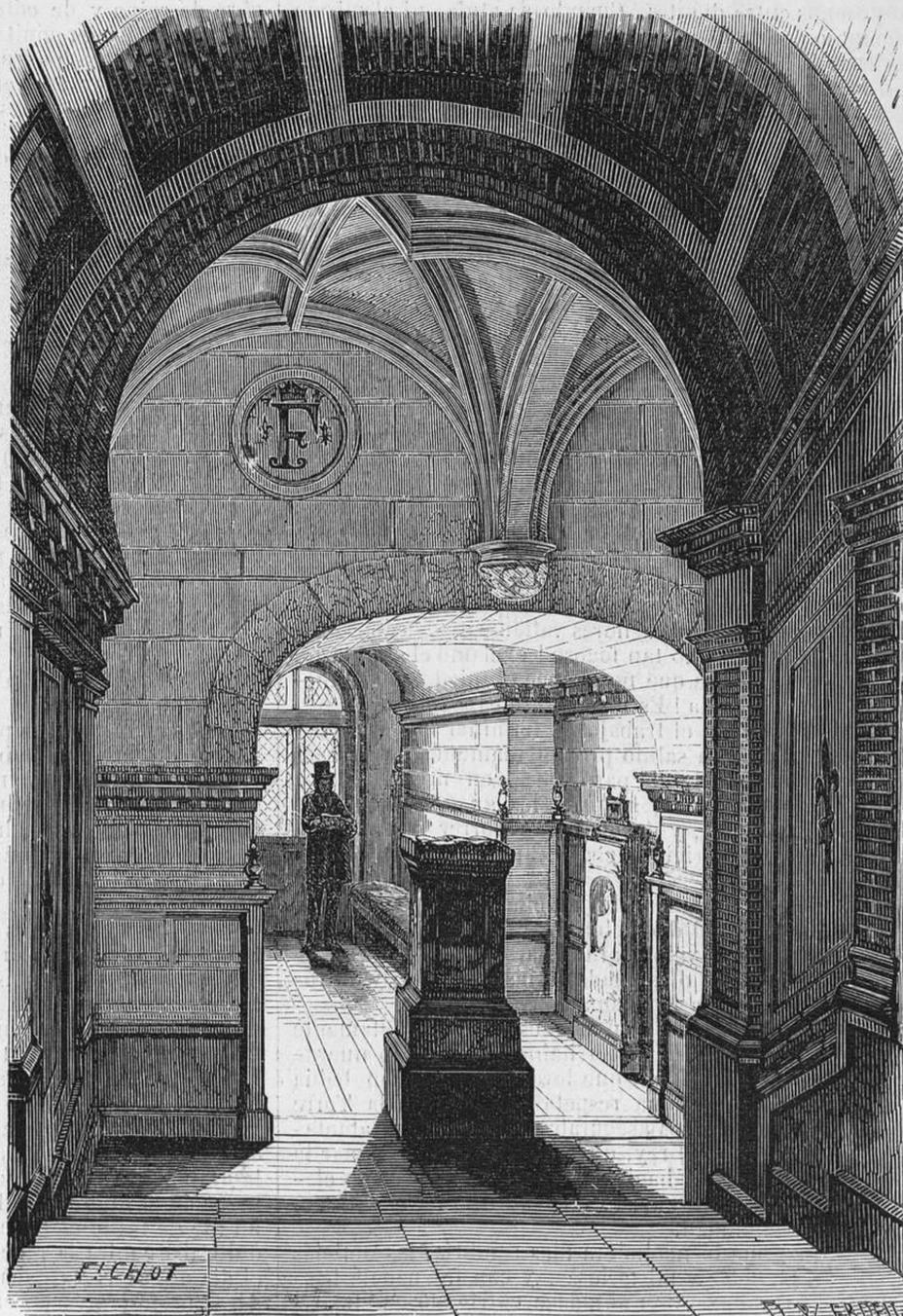
Hé aquí ahora la



Restauracion del palacio de San German : Escalera del piso principal. El altar de Hércules Sesquano.



El balcon.



Descansillo del piso principal.

piedra y otros instrumentos sacados de los fosos de Alesia, y la reduccion del célebre puente de madera por el que César pasó el Rhin.

En torno de estos recuerdos cuelgan en número considerable armas ofensivas y defensivas, cascos, lanzas, escudos, espadas y hasta herraduras que no dejan ninguna duda sobre la antigüedad del uso de herrar á los caballos en las Galias.

El compartimiento que une la escalera de honor á las galerías del primer piso, se halla adornado con dos estatuas ecuestres de bronce, mitad en natural, que figuraron en la Exposicion universal de 1867. Entrambas son obra de M. Fremiet y han sido fundidas por M. Jacquier. Fácilmente se distinguen desde el parterre. Representan un guerrero romano y un guerrero galo, cuyas armaduras se han copiado de las que existen en el museo. Los jinetes aparecen bien sentados en sus monturas, el galo sobre una pelleja y el romano sobre una silla. Cerca de esta imágen se descubre una vista del torreón, del mas bonito efecto.

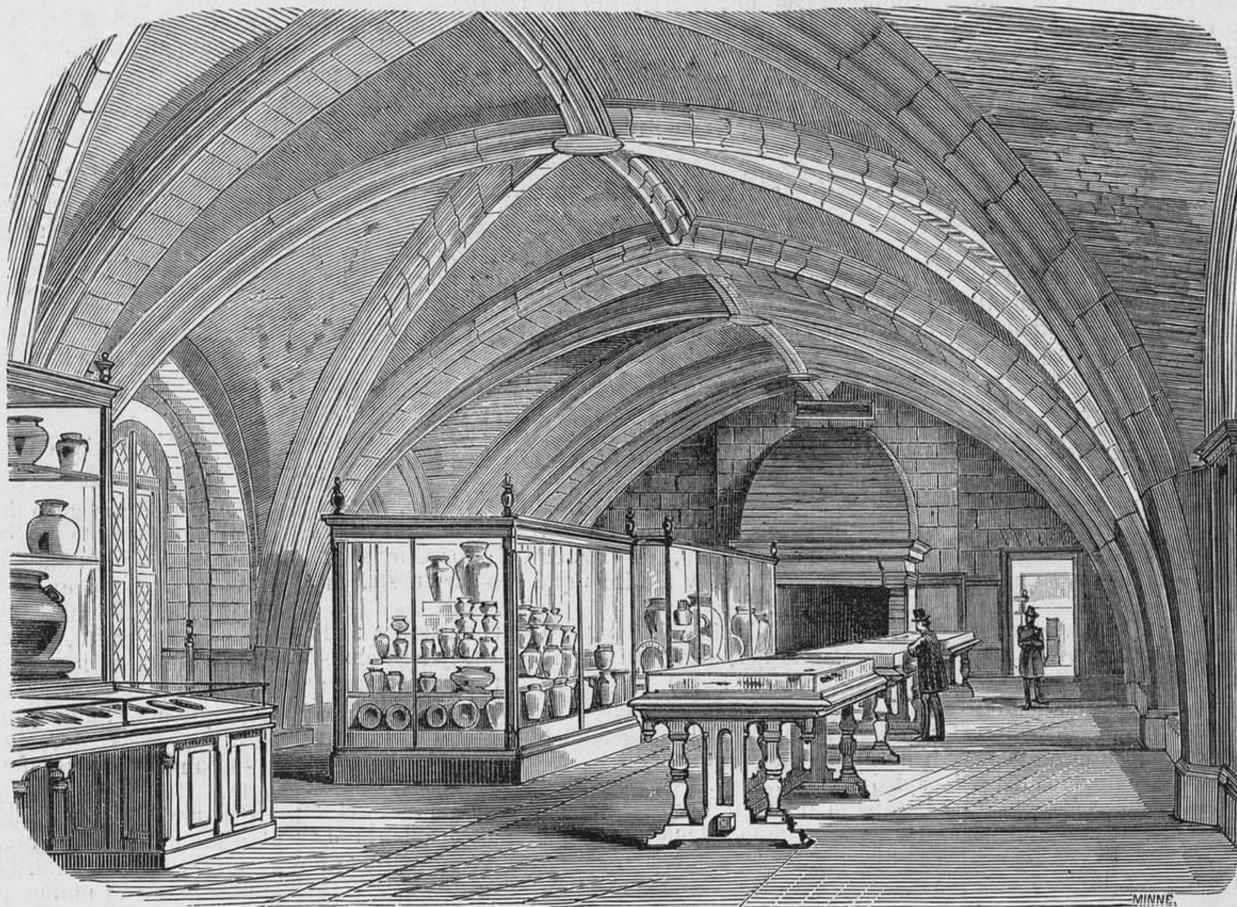
La corta extension de este trabajo no nos permite dar aquí la descripción de todas las salas del museo; y

sin embargo, debemos detenernos en el primer piso, en la sala de la época anti-histórica que encierra con la colección regalada por el rey de Dinamarca, las de M. Boucher de Perthes y M. Christy, cuyos bustos se ven al frente de los escaparates.

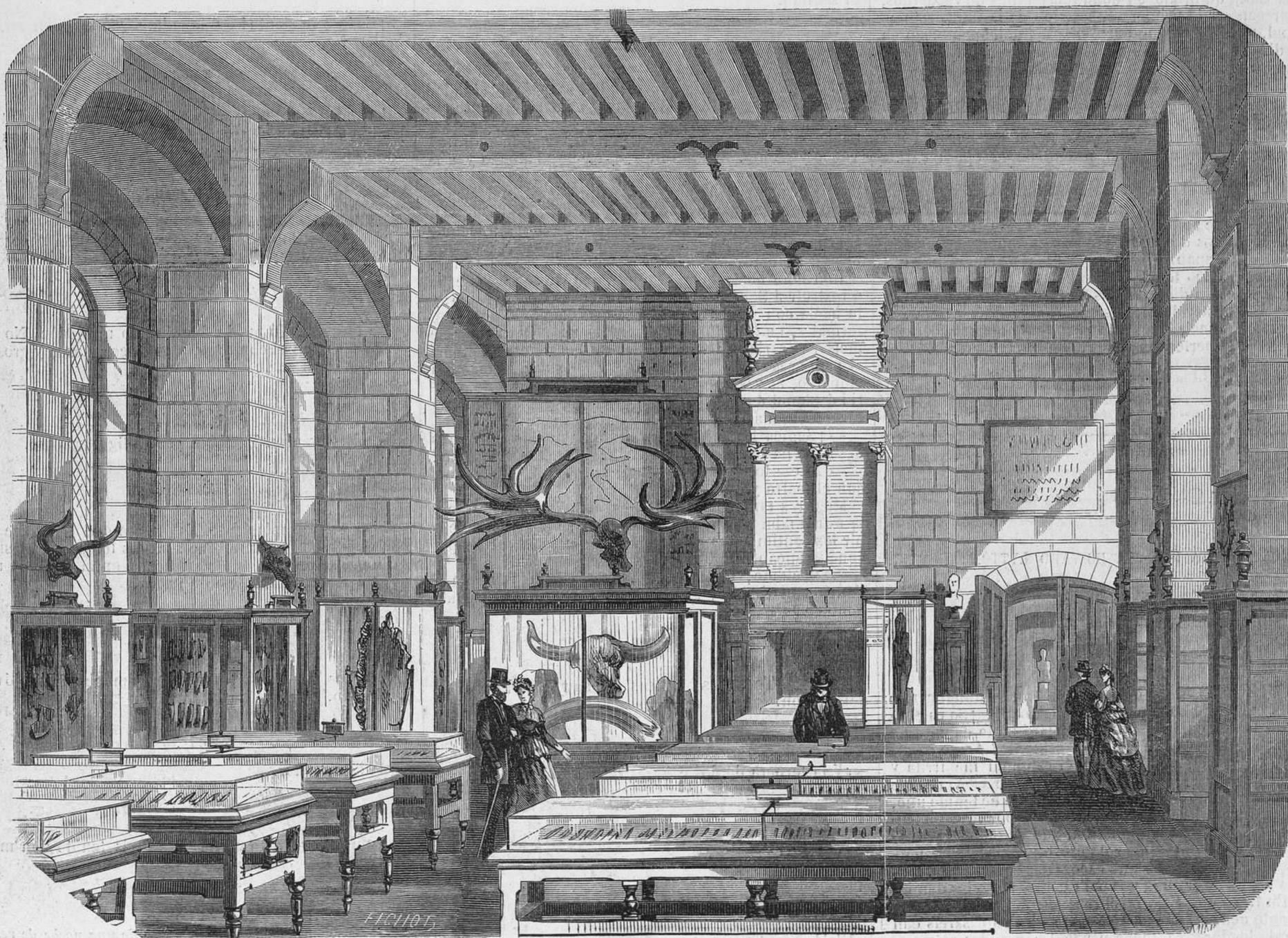
martillos, sierras, cuchillos, puntas de lanzas y de flechas, etc. Algunas hachas ó martillos se han hallado en las hornagueras, con sus mangos de madera ó de hueso. A estos productos de los aluviones cuaternarios, se reúnen los huesos de animales cuya especie ha desapa-

Esta gran sala recibe luz por cinco ventanas sobre cada una de las fachadas del Norte y del Sur. En la época de la restauracion del palacio, era una de las mas maltratadas por la instalacion de las celdillas de la penitenciaría: habia perdido el suelo, el techo y la chimenea. M. Millet ha reemplazado las soberbias tapicerías que cubrian las paredes en tiempo de Francisco I, con una decoración sencilla y severa que cuadra maravillosamente con la nueva instalacion, y allí ha construido una chimenea del estilo del Renacimiento, no menos de acuerdo con las tradiciones de los primeros arquitectos.

En esta sala está la piedra trabajada de los antiguos que los ingleses llaman *arqueológica*, esto es, objetos ó instrumentos de piedra trabajada con otras piedras, con una destreza que no han podido imitar los falsificadores modernos. Son hachas,



Sala VII : época de los galos; piso tercero.



Objetos relativos á la historia de la edad de piedra.

recido: el *elephas primigenius*, el rinoceronte antiguo, el gran hipopótamo, el ciervo de Islandia, el oso de las cavernas, el renífero, el *aurochs*, todas las poderosas razas que retrocedieron ante la invasión del hombre. El mammoth está representado por diversos vestigios y por un colmillo gigantesco.

IV.

Pasemos rápidamente á la sala de la piedra pulimentada, y echemos una ojeada á los monumentos sepulcrales megalíticos que nos dicen la historia de generaciones mas avanzadas, creadoras de los dolmens y de las avenidas cubiertas. Allí se observan claramente acentuados los progresos del arte y de la industria del hombre primitivo.

No abandonaremos el piso principal sin detenernos en la cuarta sala, que es una de las mas opulentas. No solo contiene las monedas de la época galo-romana, sino que hay tambien preciosidades en alhajas, sortijas, pendientes, brazaletes de oro macizo y un magnífico jarro de plata hallado en los fosos de Alesia y que es la admiración del mundo artístico.

Diremos tambien algunas palabras de la exposicion provisional del torreón, en donde han reunido estatuillas de tierra cocida y de bronce, vasos de toda especie hechos de tierra, de metal, lámparas funerarias, collares, alfileres, cuños para monedas, el jabalí galo, herramientas de todas las profesiones, juguetes de niños, y entre estos últimos, gallitos de piedra, parecidos á los gallitos de azúcar que se venden en las ferias.

En un cuadro aparecen pedazos de telas romanas descubiertas en sepulcros en Mezieres, y hay un escarparte con todos los instrumentos de un médico oculista.

En el piso segundo se encuentra uno en medio de objetos pertenecientes á las habitaciones lacustras, esto es, sacados de terrenos invadidos por el agua dulce.

Llegamos á la era de bronce, cuyos vestigios se acumulan en la galería contigua.

La piedra cede el puesto al metal, las espadas, los collares, las hachas de toda especie, los anchos puñales suceden á las urnas y á las mazas de los salvajes. Hasta se han hallado muestras maravillosamente conservadas de la alimentacion humana, en aquella época de la edad de bronce; granos de trigo y de centeno, frutos en la encina druidica y avellanas que tienen mas de tres mil años.

En la sala VII, notable por su bóveda, como puede verse en nuestro dibujo, se nota mas y mas el progreso. Es la Galia de Breno en donde hay miles de recuerdos, y parecen ser la primera exposicion de la industria nacional, pues la mayor parte de esos objetos ofrecen en sus diversas formas la individualidad de las tribus diseminadas en el territorio céltico, la marca, la firma de los fabricantes.

Concedamos por fin una mirada á las joyas, á las urnas, á la alfarería, á las armas de los tiempos merovingeos, y habremos recorrido todas las galerías del museo, que por ahora no pasará de la época carolingia.

Para fundar el museo galo-romano, decia el sabio M. Ph. Beaune, no solo fué preciso reunir una coleccion, sino que se necesitó tambien crear una ciencia, ciencia que nos descubre hoy una parte de sus secretos.

En San German se han abierto las primeras páginas de ese magnífico libro, cuyas hojas llenas de grandes lecciones, están diseminadas en los museos y dan á conocer á la posteridad los esfuerzos sucesivos y perseverantes de las sociedades humanas, para alcanzar este fin supremo: el perfeccionamiento de la civilización.

F. DE L.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 973.)

— Mi querida niña, dijo el empresario dulcificando lo mas que pudo su ronca voz, reflexionad. ¡Se os prodigarán tantos cuidados, se os mimará tanto cuando no tengais á vuestro lado á ese viejo estúpido! Acaso creais que yo tengo mal genio; pero él es quien me irrita y me hace perder algunas veces la paciencia. A mí me gustan extraordinariamente los niños. Yo he tenido uno, os lo aseguro por mi honor, y á no ser por los accidentes que trae consigo la dentición, aun seria padre á estas horas. Ocupad el lugar de ese hijo querido, y tendreis hermosos adornos que escogereis vos misma, ternera y tartas de frambuesas para comer todos los domingos. En tres años, bajo mi dirección llegareis á ser una eminente actriz, hareis vuestra fortuna, os casareis con un lord, los lores se mueren por las grandes actrices, mientras él... ¿Qué hareis vos?... vegetal y morir de

hambre. El no puede vivir mucho tiempo y entonces, ¿qué será de vos? Es una vergüenza que la encadenéis así á vuestra miseria, viejo baragan!

— Yo no la violento, dijo Waife, esforzándose por alejarse de él. Tal vez haya algo de verdad en lo que dice ese hombre. Escoge tú, Sofía.

sOFÍA, ahogando un sollozo.

¿Cómo teneis valor para hablar así, abuelo? Yo os digo, señor Rugge, que sois un malvado, que os detesto á vos y á toda vuestra gente, me quedaré con mi abuelo, aunque me muera de hambre, él no se morirá de hambre.

RUGGE, aplicando sus manos á la copa de su sombrero, y dirigiéndose á grandes pasos hácia la puerta.

Estad alerta, William Waife: esto es hecho, yo soy vuestro enemigo. Y en cuanto á vos, niña demasiado cara, pero abandonada, quedaos con él; vos sabreis qué clase de hombre es, y tendreis que rebajar vuestro orgullo cuando...

Waife se lanzó hácia él á pesar de sus achaques: sus puños estaban cerrados y su ojo único arrojaba llamas. En presencia de aquel viejo que parecia desafiarse, Rugge, aunque mas corpulento y mas joven, no osó sostener la mirada del desgraciado inválido, á quien habia insultado y humillado tanto tiempo. La palabra espiró en sus labios.

— Salid de aquí inmediatamente, exclamó el actor con voz de trueno; decid una palabra mas delante de esa niña, y de un puñetazo la haré volver á entrar en vuestra garganta.

Rugge se precipitó por la puerta, y asiéndola entornada entre Waife y él, sacó su cabeza por la abertura y arrojó con un silbido de serpiente esta última amenaza:

— ¡Huye, miserable, huye! Mi venganza descubrirá tu secreto, y volverás á caer en mi poder. Sobre todo, Julieta Araminta será mia.

Habiendo exhalado así su coraje, el feroz baron franqueó la escalera en dos saltos y salió de la casa.

Waife solo habia respondido con una sonrisa de desprecio. Pero cuando, detrás del director furioso, se cerró con estrépito la puerta de la calle, las facciones del anciano se cubrieron de una palidez lívida. Desfallecido por la excitacion nerviosa que aquella disputa habia provocado en él, se dejó caer sobre una silla, y despues de algunos esfuerzos de respiracion convulsiva perdió el sentido.

XI.

Cualquiera que fuese la sacudida que la brutalidad del feroz baron hubiera ocasionado en el sistema nervioso del bandido perseguido, pero triunfante, no quedaban ciertamente señales de ella, cuando entraron Vance y Lionel. Encontraron en efecto al abuelo y á la nieta sentados cerca de la ventana abierta, en un extremo de la mesa (de la cual habian quitado para dejar espacio para sus operaciones, la nuez de coco esculpida, el huevo de cristal, y los dos tarros de flores); los encontraron, pues, repetimos, muy ocupados en una partida de dominó, que provocaba las risotadas de Sofía.

Una hora hacia, por lo menos, que Waife se dedicaba á instruir á Sofía en los misterios de ese juego sabio; y lo hacia con tanto interés, sus exhortaciones eran tan formales, que su dichosa discípula no podia menos de pensar si seria aquel el nuevo arte con el cual contaba él para asegurarse en el porvenir su subsistencia. Sin embargo, al ver entrar á los dos amigos se levantó, corrió á Lionel á quien estrechó la mano, y haciendo una reverencia mas respetuosa á Vance, exclamó:

— ¡Somos libres! gracias á vos, ¡gracias á vosotros dos! ¡Se ha marchado! ¡El señor Rugge ha marchado!

— Es cierto, yo le he visto al venir aquí, dijo Vance, con el teatro y todo.

Mientras tanto, Lionel besaba á Sofía en la frente y la estrechaba contra su corazón. No se podrian concebir los sentimientos paternales que experimentaba por aquella encantadora niña.

— Decidme, caballero, preguntó Sofía mirando á Vance con timidez, ¿el gigante de Norfolk ha partido tambien?

VANCE.

Tal creo. Todas las barracas estaban demolidas ó en demolición.

sOFÍA.

¿Y la ternera de dos cabezas?

VANCE.

¿Lo sentís, acaso?

sOFÍA.

¡Oh! no.

Waife que despues de un profundo saludo y un «servidor vuestro, caballeros,» pronunciado con tono ale-

gre, habia permanecido hasta entonces silencioso, guardó las fichas del dominó y dijo:

— Supongo, señores, que deseareis empezar el retrato.

VANCE.

Sí, he traído todo lo necesario, hé aqui el lienzo. Yo hubiera querido que fuese mas grande, pero aquí no puedo adquirir otro mejor.

WAIFE.

Si no me necesitais, señores, voy á dar un paseo de media hora. Ya puedo ocuparme de mis negocios.

sOFÍA, en voz baja á Lionel.

¿Estais bien seguro de que la ternera ha partido, y tambien el gigante de Norfolk?

Lionel, no sin admiracion respondió que así lo creia, y Waife se metió en su dormitorio, volviendo á aparecer al poco tiempo, despues de haber cambiado su bata por un frac negro, poco raído y muy bien cepillado. Con su sombrero, su baston y sus guantes, tenia el aspecto de una persona distinguida; cualquiera diria al verle que era el gentleman Waife desde la cabeza á los piés.

— Pon la cara risueña, Sofía, dijo, y procura no moverte.

Despues hizo un gracioso saludo á los jóvenes, y bajó pian piano la escalera. Sofía, á quien Vance acababa de sentar en una silla, haciéndola tomar una actitud á propósito, en el momento en que el pintor, retrocediendo un paso, contemplaba con ojos de artista su aspecto y su postura; Sofía, decimos, saltó de pronto de su asiento, y con gran terror de Vance, se lanzó á la ventana. Pero bien pronto volvió á ocupar su puesto, con el semblante de una persona que experimenta un gran alivio: Waife habia seguido una dirección opuesta á la de los barrios del gigante de Norfolk y la ternera de dos cabezas.

— Vaya, dijo Vance con impaciencia, no me interrumpais mas. Esta interrupcion me ha hecho perder una idea. Tened la bondad de dejar que os coloque bien, y despues, con tal de que todo el resto de vuestra persona esté tranquilo, podeis hablar cuanto querais.

sOFÍA, con el semblante contrito.

¡Cuánto lo siento! Perdonadme. ¿Estoy bien así, caballero?

VANCE.

La cabeza un poco mas alta, bien. Titania contemplando á Bottom dormido. (1) Lionel, ¿quereis echaros en el suelo y hacer de Bottom?

LIONEL, con indignacion.

¡Hacer de Bottom! ¿Tengo yo acaso una cabeza de asno?

VANCE.

No importa. Yo puedo figurármelo muy bien. No necesito mas que el conjunto, alguna cosa tosca y grosera arrojada en el suelo.

LIONEL.

Muchas gracias. Tambien podeis figuraros eso.

VANCE.

Vaya, sed complaciente. Es preciso que ella mire algun objeto con ternura, que sus ojos tengan expresion.

Lionel se echó al punto en tierra, en la posición menos torpe que le fué posible tomar.

VANCE.

Figuraos, miss Sofía, que quereis mucho á este joven gentleman. ¿Teneis un hermano?

sOFÍA.

¡Ay! no, señor.

VANCE.

¡Hum! ¿Pero vos tendreis ó hareis tenido una muñeca?

(1) Véase en Shakespeare (*El sueño de una noche de verano*) la escena de Titania, reina de las hadas, y Bottom, ataviado por Oberon con una cabeza de asno.

SOFÍA.

¡Oh! sí, mi abuelito me regaló una en cierta ocasión.

VANCE.

¿Y la queriais?

SOFÍA.

Mucho.

VANCE.

¡Pues bien! Figuraos que ese jóven gentleman es vuestra muñeca que ha crecido, que duerme, y que vos velais su sueño para que nadie le haga daño; M. Rugge; por ejemplo. Fijad vuestra alma en este pensamiento: amor á la muñeca, temor por M. Rugge. Pero vos, Lionel, permaneced inmóvil y cerrad los ojos.

LIONEL.

Yo no he venido aquí para hacer de muñeca.

VANCE.

Convencedle vos, miss Sofía, para que se esté quieto y duerma apaciblemente, si no me enfadaré. Yo puedo llegar á ser un Rugge, si se empeñan en no complacerme.

SOFÍA, con la mayor dulzura.

Procurad dormir, caballero. ¿Quereis que os traiga una almohada?

LIONEL.

No, gracias; ahora me encuentro muy bien.

Y reclinó la cabeza sobre el brazo, y despues de fijar por última vez en Sofía su mirada, cerró los ojos con alguna violencia. La mirada de Sofía se fijó en su rostro con la expresion mas afectuosa.

— Perfectamente, dijo Vance, y ahora no habéis mas hasta que yo me haya apoderado de esa expresion.

El artista trazó rápidamente su diseño con mano segura y atrevida, y todo permaneció en silencio durante una media hora. Entonces dijo:

— Podeis levantaros, Lionel: ya no os necesito por ahora.

SOFÍA.

¿Y yo puedo tambien... mirar?

VANCE.

No, pero podeis hablar. ¿Deciais antes que teniais una muñeca? ¿Qué ha sido de ella?

SOFÍA.

La he regalado, caballero. Mi abuelo creia que me distraeria durante sus lecciones, y me impediria aprender mis papeles.

VANCE.

¿De modo que quereis á vuestro abuelo mas que á la muñeca?

SOFÍA.

¡Oh! mil millones de veces mas.

VANCE.

¿Os habeis criado con él? ¿No teneis padre ni madre?

SOFÍA.

No tengo mas que mi abuelo,

LIONEL.

¿Habeis vivido siempre con él?

SOFÍA.

No; yo me quedé con mistress Crane, hasta que habiendo vuelto mi abuelo de un viaje, me confió á unas gentes que han sido muy buenas para mí; despues, cuando le sucedió aquel triste accidente, fuí á vivir con él, y desde entonces siempre hemos estado juntos.

LIONEL.

¿Mistress Crane no era pariente vuestro?

SOFÍA.

No... yo creo que no, porque no era buena conmigo... ¡Me hacia tan desgraciada! Pero no hablemos de eso... ya todo lo he olvidado. Solo quiero recordar desde el tiempo en que mi abuelo me sentó sobre sus rodillas, y me recomendó que fuese juiciosa, y que le amase: desde entonces soy dichosa.

LIONEL, con energia.

Sois una niña encantadora y buena; quisiera tener una hermana como vos.

VANCE.

Cuando vuestro abuelo reciba esa suma exorbitante (no es esto decir que yo sienta el dársela), tengo curiosidad de saber qué hará de ella. Pero como ha dicho que es un secreto, será preciso que yo pruebe á ver si saco algo en limpio de vos.

SOFÍA.

¿Qué hará de ella? Tambien quisiera yo saberlo, caballero; pero ¡bah! ¿qué me importa? mi abuelito me ha dicho que viviremos siempre juntos.

En este momento volvió á entrar Waife.

— Y bien, dijo, ¿cómo va el retrato?

VANCE.

Bastante bien para una primera sesion; pero aun os pediré otras dos.

WAIFE.

Está bien, está bien: solamente (llevando á Vance aparte y hablándole en voz baja), solamente que temo tener necesidad de ese dinero pasado mañana. Difícilmente se me volverá á presentar una proporción semejante, y no quisiera dejarla escapar.

VANCE.

Os lo daré en seguida, si quereis.

WAIFE.

Acepto vuestro ofrecimiento, y os doy gracias por él, caballero. Podeis estar seguro de que no os dejaremos hasta que hayais terminado vuestra pintura.

Vance, con sorprendente viveza, deslizó los soberanos en la mano del viejo; porque aunque económico, justo es decir que era generoso en realidad. Tenia muy desarrollado el órgano de la circunspeccion; el de la adquisividad, moderadamente. Por otra parte, en sus momentos de entusiasmo artístico le preocupaba menos el valor del dinero. Es extraño, en efecto, que mientras los gobiernos se afanan por fijar la ley de las monedas y regularizar su curso, el valor del dinero, en la apreciación personal del individuo, varía continuamente y sufre muchas veces al día fluctuaciones de alza y baja. Por mi parte confieso francamente que hay ciertas horas en las veinte y cuatro, por ejemplo, la que precede inmediatamente al desayuno, y mas aun la que viene despues de escrita una página de esta novela, cuando estoy descontento de mi trabajo y de mí mismo; en tales horas, el que se dirigiese á mí para un empréstito de cinco chelines, encontraría el valor que yo daría entonces á esa suma tan exorbitante, que no podría hacer negocio, mientras que en otros momentos, despues de comer, por ejemplo, ó cuando acabo de dar algun toque que me parece feliz á esta misma composición histórica, el valor de los mismos cinco chelines, queda entonces tan rebajado á mis ojos, que casi, casi los daría por nada. Vance, sometido sin duda á la acción de una de esas misteriosas influencias monetarias, dió poca importancia á la pérdida de sus tres soberanos, y volviendo á su caballete, apartó de allí á Lionel y á Sofía, que habian aprovechado aquella ocasión para examinar su obra.

— ¡Poco la habeis favorecido! dijo Lionel: todas las facciones están exageradas.

— ¡Y teneis vos la pretension de pintar! replicó Vance con expresion de profundo desprecio, echando una tela por encima de su retrato. Hasta mañana á la misma hora, señor Waife... Ahora, Lionel, coged vuestro sombrero y partamos.

Vance cogió su lienzo, y Lionel le siguió lentamente. Sofía, aproximándose á la ventana abierta, miró como se alejaban: Waife se paseaba de arriba abajo frotándose las manos.

— ¡Aceptará el negocio, aceptará el negocio! siempre lo he creído así.

Sofía se volvió.

— ¿Quién? ¿El caballero mas jóven? ¿Qué negocio?

WAIFE.

¿El caballero mas jóven? ¡Como si yo pensara en él! Quiero hablar de nuestro nuevo compañero, acabo de pasar una hora á su lado. ¡Prodigiosas facultades!

SOFÍA, tristemente.

¿Con que es un viviente?

WAIFE.

¿Si es un viviente? así lo creo.

SOFÍA, casi llorando.

Lo siento mucho; voy á detestarle, estoy segura de ello.

WAIFE.

¡Bah. bah! Dame una pipa, chiquitina, soy feliz.

SOFÍA, reprimiendo su pequeño acceso de mal humor.

¿Sois feliz? Pues bien, yo tambien lo soy y no le detestaré.

XII.

Al otro dia tuvo lugar la segunda sesion. Waife no salió y la conversacion fué un poco mas grave, ó por mejor decir él fué quien tomó en ella la mayor parte. Bien es verdad que, cuando queria, sabia hacerse agradable; el encanto de su conversacion consistia menos en lo que decia que en su manera de decir. Extraña combinacion de extremos opuestos, unas veces tomaba ante sus visitantes, con la mayor frescura, un tono de familiaridad, que no carecia sin embargo de cierta dignidad, como si fuese su igual por su posición y su superior los años: despues se mostraba de pronto humilde; luego volviendo bruscamente á una rigidez orgullosa, volvía á caer de pronto, como si el esfuerzo hubiera sido superior á sus fuerzas, en un artificioso servilismo; pero lo que dominaba sobre todo en la conversacion de aquel hombre era un carácter de sociabilidad, de originalidad, de alegría. Era evidentemente un hombre de un humor chistoso y alegre, sostenido por un gran genio.

Algunas veces ciertos rasgos de una sencillez infantil parecian denunciar en él al hombre de talento que no puede aprender á conocer el mundo y que se deja siempre engañar. No se ocultó á la observacion de Vance una circunstancia, ligera en sí misma, pero que podía suministrar materia á ciertas inducciones sobre el carácter y hasta sobre los antecedentes del gentleman Waife. Desde el rompimiento del comediante con M. Rugge se observaba un alivio considerable en la afeccion de garganta que le habia impedido utilizar sus talentos dramáticos en la escena durante el tiempo de su compromiso. Su voz estaba ya libre de aquella patética carraspera y de aquel silbido cavernoso que hasta entonces habian descubierto todos sus esfuerzos para expresarse libremente. Vance no interpretó, sin embargo, con demasiada severidad el disimulo que parecia indicar semejante cambio. Puesto que Waife estaba en realidad tuerto y lisiado, sin que se le debiese imputar como un crimen, habia podido muy bien retroceder ante la necesidad de reaparecer sobre la escena, y fingir otro achaque para evitar á su amor propio la exposicion pública de los otros dos que eran muy reales.

Lo que mas daba en qué pensar á Vance, era lo que mas habia preocupado al rememorar: ¿Qué podía haber sido aquel hombre? ¿Cómo habia caído tan bajo? Porque indudablemente, él habia descendido. El pintor, sin ser precisamente de elevada alcurnia, habia vivido en la mejor sociedad; habia sido recibido como un favorito en las casas mas ilustres: habia viajado, conocia el mundo; tenia los hábitos y las costumbres de las personas mas finas. Porque en eso que los franceses llaman *le beau monde*, hay ciertos débiles matices que bastan para hacer conocer á los que lo han frecuentado, ciertas frases, ciertos modos de expresarse, la pronunciacion de ciertas palabras familiares, y hasta la modulacion del acento. El hombre de la constitucion mas fina y delicada puede no poseer tales lindezas, siendo así que pueden muy bien manifestarse en otro hombre brusco y grosero en sus maneras. La jerga del gran mundo es completamente diferente del código de la urbanidad. En el lenguaje de Waife se notaba algunas veces cierta cosa que parecia indicar que habia estado en contacto con el gran mundo, y otras veces aquella cierta cosa desaparecia del todo; de modo que Vance hubiera podido decir de él: «Ha sido admitido en esa esfera, pero no la ha habitado.»

Sin embargo, Vance no podía, después de todo, adquirir ninguna certidumbre; ¡los cómicos tienen una manera de engañar! ¿Pero aquel hombre había sido siempre cómico? Vance le dirigió diestramente la pregunta:

— ¿Habeis debido abrazar desde muy joven la carrera del teatro? le dijo.

— ¡La carrera del teatro! respondió Waife; no. Yo he representado comedias en mi juventud y hasta en mi infancia, por divertir á los demás; pero el teatro no ha sido nunca para mí una profesion, un medio de ganarme la vida, hasta la época en que M. Rugge me ajustó, hace cuatro años.

— ¿Es posible? ¡Con vuestra perfecta educacion! Pero pordonadme: ya os he hecho comprender mi sorpresa de veros formar parte de una compañía de la legua, y semejante observacion os ha disgustado.

— ¡Disgustarme! replicó Waife, cambiando de pronto de tono y de manera; espero no haber dicho nada que pueda parecer inconveniente de parte de un vagabundo como yo. Yo no soy un príncipe disfrazado: no soy mas que un miserable, que debería estimarse por muy dichoso de tener alguna cosa que le impida morir en un basurero.

LIONEL.

No habéis así. A no ser por vuestro accidente, tal vez seriais á estas horas el ornamento del teatro de la capital. ¿Quién no experimenta una simpatía respetuosa por un gran actor?

WAIFE, con semblante sombrío.

¡El teatro de la capital! Me dejé persuadir para aparecer en él; me regocijo del accidente que me ha salvado; no hablemos mas de esto, no hablemos mas de ello. Pero os he distraído en vuestra obra: Sofia, como veis, ha abandonado su asiento.

VANCE.

Hoy ya no la necesito: mañana volveré, y el retrato quedará terminado.

Lionel se acercó á su amigo y le habló al oído; el pintor hizo una señal de aprobacion, después dijo á Waife:

— Vamos á aprovechar el tiempo que hace para dar un paseo por el Támesis, después de guardar estos trebejos, y á las ocho vendremos á cenar á nuestra posada... cerca de aquí. La cena es nuestra principal comida. ¿Queréis favorecernos cenando con nosotros? Nuestro huésped tiene un maravilloso *whisky* que en un *toddy* es un verdadero nectar. Llevareis vuestra pipa y nos hareis oír otra vez á John Kemble.

El semblante de Waife se animó con una expresion de alegría:

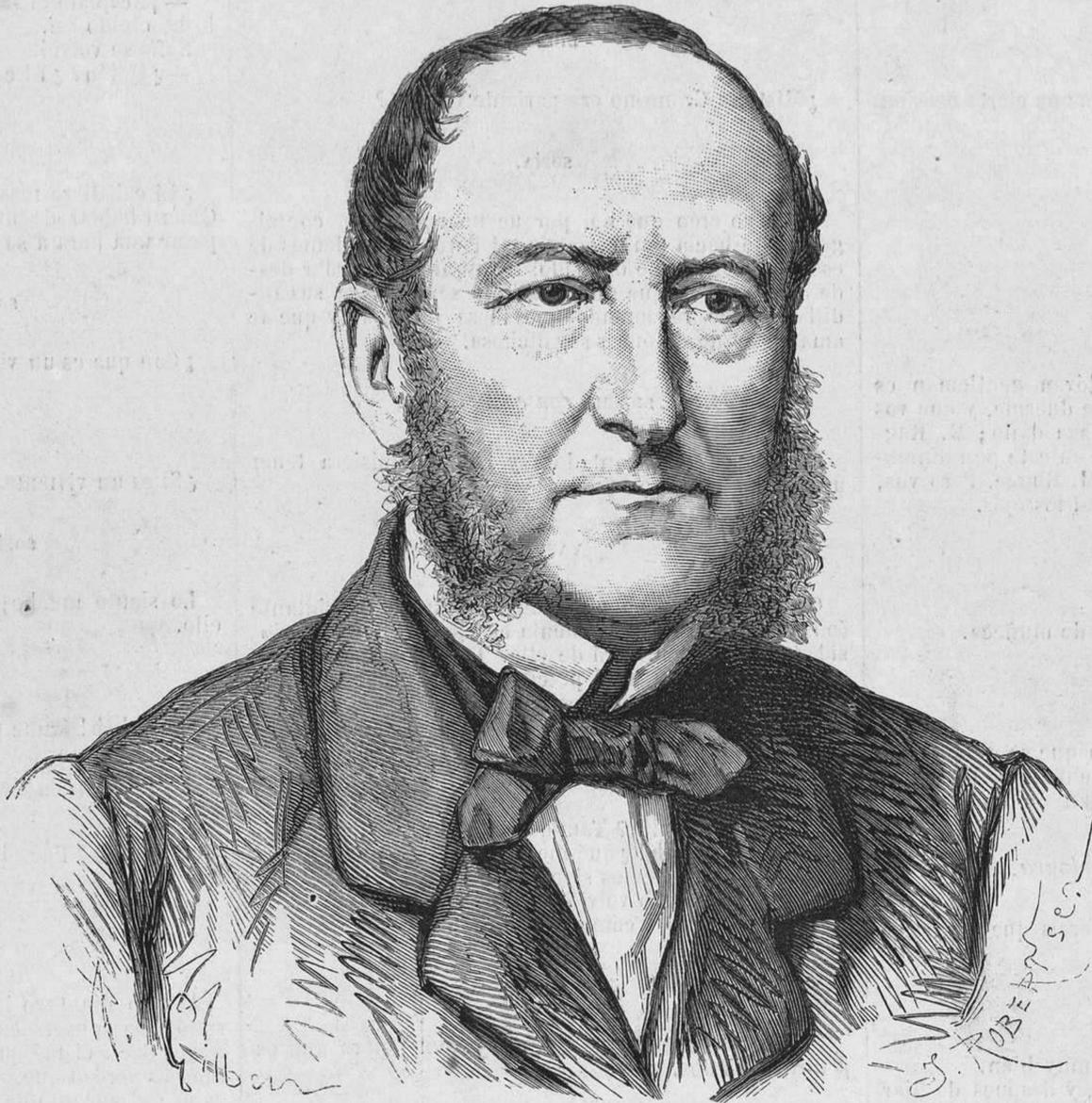
— Sois muy bueno, dijo; nada me proporcionará mas placer. Pero... (y sus facciones se nublaron de pronto), pero no, no puedo, es decir que yo... yo he hecho voto de huir de cualquier tentacion de ese género. Ruego humildemente que acepteis mis excusas.

VANCE.

¡Tentacion! ¿Qué especie de tentacion, la del *toddy* de Whisky?

WAIFE, exhalando un suspiro.

Sí, si así lo queréis. Tal vez haya sido en otro tiempo demasiado aficionado á un vaso de licor y no pudiera hoy resistir un vaso mas, y si yo infringiese la regla que me he impuesto y me hiciese un borracho, ¿qué seria de Julieta Araminta? Por compasion hácia ella, no insistais.



Thalberg.

— ¡Oh, abuelo, aceptad! exclamó Sofia: jamás bebe, os lo aseguro, caballero... no bebe nunca nada mas fuerte que el té: eso no puede ser.

— Es eso, nieta, y nada mas, dijo Waife con un tono terminante: tened la bondad de aceptar mis excusas.

Lionel empezó á cepillar su sombrero con la manga, mientras que una cierta agitacion se manifestaba en los músculos de su rostro. Por último, tomó la palabra:

— Y bien, caballero, ¿puedo pedir os otro favor? Mañana Vance y yo, cuando salgamos de aquí, iremos á Hampton Court: hemos dejado esa excursion para la última antes de abandonar estos alrededores. ¿Queréis acompañarnos con la niña? No tendremos *toddy* de Whisky y os volveremos aquí á los dos sanos y salvos.

WAIFE.

¡Cómo! ¡yo! Sois muy joven, caballero; vos sois un gentleman por el nacimiento y por la educacion, estoy seguro de ello; y si alguno de vuestros amigos ó de vuestros parientes, os viese en compañía de un viejo vagabundo como yo, en el palacio de la reina, en un jardín público... Seria el último de los miserables si abusara así de vuestra bondad. ¡Vaya que lleva buena compañía! dirian. ¡Conmigo, conmigo! Pero no temais, M. Vance, no hay que pensar en eso.

Los dos jóvenes estaban visiblemente conmovidos.

— Yo no aceptaria nunca semejante excusa, dijo Lionel con voz poco segura; sin embargo, no quiero trastornar vuestras costumbres. Pero Sofia puede venir con nosotros, ¿no es así? Cuidaremos de ella; por otra parte, va tan sencilla y tan elegantemente al mismo tiempo, ¡tiene tanto aire de señorita! (*Volviéndose hácia Vance.*)

— Sí, dejadla venir con nosotros, dijo el artista con benevolencia, aunque no participaba de ningun modo del deseo entusiasta que Lionel parecia tener de su compañía; por el contrario, pensaba que les molestaria mucho.

— ¡Que el cielo os bendiga á los dos! respondió Waife. Justamente tiene necesidad de un día de asueto.

— Yo preferiria quedarme á vuestro lado, abuelo; os fastidiarais si os quedáseis tan solo.

— No, pienso salir mañana y estar fuera todo el día. No estaré solo, haré mas amplio conocimiento con nuestro futuro compañero, Sofia.

— ¿Y podeis ya pasaros sin mí? ¡Ay, Dios mio!

VANCE.

Todo queda ya arreglado. Hasta la vista.

XIII.

El día siguiente, Waife queriendo acaso disipar todos los escrúpulos de Sofia, habia ya salido para ocuparse de la colocacion de sus tres libras cuando llegaron los amigos. Sofia, triste y desanimada en un principio, se animó poco á poco, y cuando terminado el retrato, salvo los últimos toques que Vance se reservaba dar en el silencio de su taller, tuvo permiso para contemplar su propia imagen, lanzó exclamaciones de viva alegría:

— ¡Soy yo! ¿Es posible? ¡Oh, qué hermoso! ¡Merle, Merle, señor Merle!

Y lanzándose fuera de la habitacion antes que Vance pudiera tenerla, volvió en breve seguida del remendon, seguido á su vez de una mujer flaca, á la que él llamaba pomposamente su ama de llaves; aunque en honor de la verdad debemos decir que no pasaba de la categoría de una criada ordinaria. M. Merle no era casado, porque habia visto su horóscopo y Saturno en cuartil aspecto con la séptima casa le prohibia correr los riesgos del matrimonio. Todos se agruparon al rededor del retrato, todos le admiraron y con razon, era una obra maestra. Vance, en toda la madurez de su talento, no habia producido nunca nada mas encantador, y se convenció que no podia haber empleado mejor los tres soberanos. Satisfecho

de su obra, su amor propio se lisonjeaba agradablemente con aquellos elogios.

— Es preciso, dijo el remendon, que tengais á Mercurio y Venus bajo un aspecto muy poderoso, y si teneis además la cabeza del dragon en la décima casa, podeis estar seguro de que se hablará mucho de vos después que hayais muerto.

(Se continuará.)

Thalberg.

Thalberg ha muerto hace pocos meses, el 27 de abril último, en Nápoles. En medio de los sucesos políticos que absorbían el interés de todo el mundo, la muerte del grande artista fué anunciada con cuatro palabras en los diarios. ¡Singular efecto de los tiempos! Retrocediendo por el pensamiento unos veinte y cinco años, nos preguntamos qué ruido no habria producido semejante noticia, cuando la Europa que, como la Francia, se enojaba en la paz, segun dijo un poeta, estaba absorbida por sus poetas, sus escritores y sus artistas.

Fué aquel el período de la gran fama de Thalberg, la hora de sus triunfos. Reinaba soberanamente en ese arte de los instrumentistas del piano que contaba tantos adeptos, y habia destronado á Listz por una revolucion de las mas inesperadas. En medio de los triunfos que debia Listz á su vigor en el piano, á aquellas dificultades desconocidas hasta entonces, Thalberg que, apenas tenia veinte y cinco años, recorria el mundo sorprendiendo y encantando á todos por su estilo y buen gusto. No violentaba el teclado, no le rompía con dedos de acero, sino que le daba un alma, una voz; el piano cantaba.

Discípulo de la grande escuela de los artistas del teatro italiano, habia aprendido á dar vida á la música, habia aplicado el arte del cantante á su instrumento. En las *Fantasías* que escribió sobre los *Hugonotes*, *Don Juan* y *Moisés*, cantaba como Rubini, como Lablache, como la Malibran. Habia aplicado el estilo de estos maestros del arte al piano, con un saber, con una suavidad, una delicadeza que nadie ha igualado. Tal fué el origen del gran talento de Thalberg; la originalidad y el triunfo del incomparable artista. Así es que se ha hecho un puesto único en el arte contemporáneo.

Thalberg que nació en Ginebra en 1812, se casó en 1845 con una hija de Lablache.

M. S.